

Junio 97

nº 84

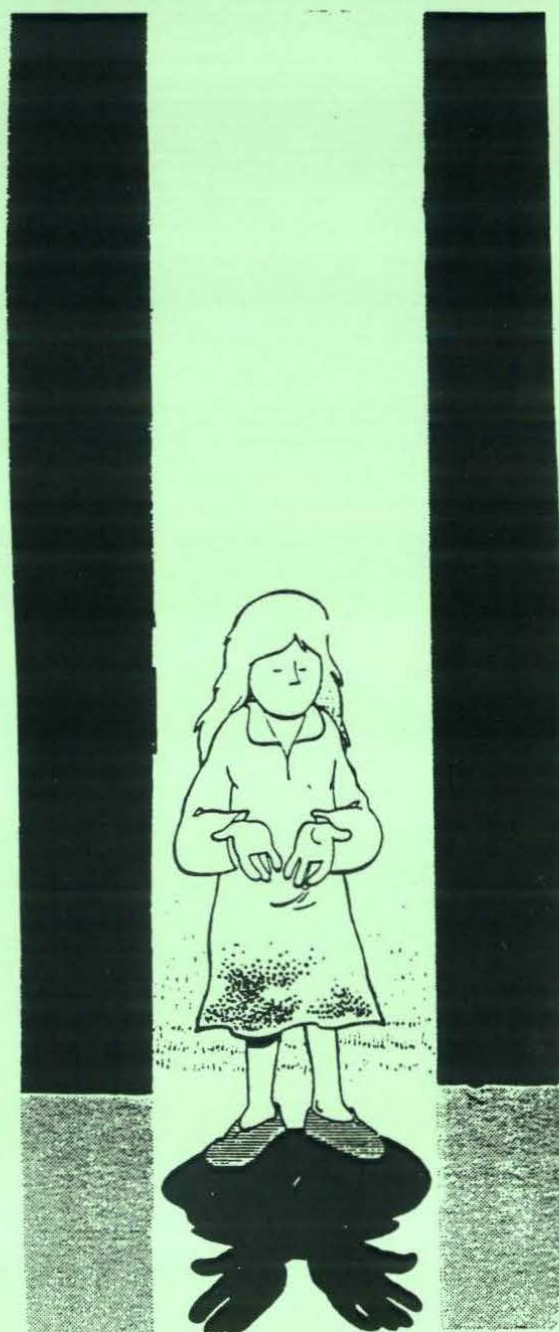
ITAKAren Aldizkaria

BILBO

PAPIRO



especial comunidades - especial comunidades - especial comunidades



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
PERFILAR NUESTRA IDENTIDAD	4
1. Identidad laical y religiosa	4
2. Nuestro modelo de laico	5
3. Carismas y ministerios	6
De qué hablamos, repaso al Nuevo Testamento, Qué carismas tenemos y qué ministerios necesitamos, cómo dar forma a los ministerios en nuestra comunidad, espiritualidad de los ministerios	
4. Identidad como comunidad	11
5. Nuestra identidad dentro de la Iglesia	12
Camino conjunto con los escolapios	
Otras posibilidades	12
Una pastoral posible para un laicado necesario, familias en la comunidad. Presencia de las comunidades en la sociedad, modelos comunitarios diversos dentro de una única comunidad, papel de los coordinadores, líneas de futuro	
SER SIGNO EN NUESTRO MUNDO	27
1. Los proyectos que tenemos	27
Nuestra tarea educativa, presencia en Venezuela, PISO, San Francisco, Altamira,...	
2. Una nueva forma de vivir	30
Compartir económico, estilo de vida y revisión de vida, fraternidad o cómo queremos más, acercarnos a los pobres, trabajo profesional, familia, signos y testimonios alternativos	
3. Significatividad social	34
Marginación y exclusión social, militancia sociopolítica, trabajo por la paz, liberación de la mujer, Tercer Mundo y modelos de desarrollo y muchos temas más	
4. Significatividad eclesial	39
MÍSTICA COMUNITARIA	41
1. Punto de partida: la raíz de la identidad	42
2. Una espiritualidad vivida como experiencia personal	42
3. Una espiritualidad vivida como experiencia comunitaria	43
4. Una espiritualidad que se expresa y vive en lo cotidiano	44
5. Hacemos Iglesia y acompañamos procesos de los más jóvenes	45
6. Vivir desde Dios	45
7. Espiritualidad utópica desde las claves del Reino	46
8. Otras propuestas	46
El seguimiento de Jesús: el discipulado, profundizar en el carisma escolapio, planes de oración personal y comunitaria	46
PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN	48
PRESENCIA Y AUSENCIA DE LA FE	56

PRESENTACIÓN

En el encuentro de junio dimos el visto bueno al plan conjunto para este curso que comienza. El eje giraba en torno a los tres retos de futuro:

1. Seguir perfilando nuestra identidad comunitaria.
2. Ser significativos en nuestro mundo.
3. Avanzar en nuestra mística o espiritualidad comunitaria.

También hablamos de la importancia de ir avanzando en los “carismas y ministerios en la comunidad de ITAKA”. Intuimos que por ahí hay un interesante horizonte de avance para nuestras comunidades.

Por su importancia, veíamos necesario estar al tanto del nuevo Plan Diocesano de Evangelización. Es un empeño de nuestra iglesia, en el que no podemos mostrarnos ajenos. Además, este curso es clave puesto que será cuando se termine de elaborar. Será preciso seguir los pasos que se van dando y hacer nuestras aportaciones.

Finalmente hay también una serie de asuntos que corresponden a la marcha de las comunidades y los proyectos que tenemos entre manos. Es preciso seguirlos y quizá tomar algunas decisiones.

Con estas líneas de fondo cada una de las comunidades organizará su propio plan de formación y funcionamiento, donde evidentemente será preciso incluir las necesidades e intereses que se vayan detectando.

La idea es centrar cada trimestre en uno de los retos y tratar de contestar en cada comunidad y conjuntamente entre todas a una pregunta: ¿cómo podemos avanzar en identidad, significatividad o espiritualidad?

El tema conjunto y la puesta en común de lo que va haciendo cada comunidad a través de los Coordinadores nos servirá

como un elemento más de unión entre todos y será un cauce de crecimiento para todos...

También se planteó, conjuntamente con el plan de formación, la propuesta de llevar a cabo un curso o ciclo de charlas sobre las pequeñas comunidades. Es un aspecto bien importante que será preciso tener en cuenta en nuestras programaciones comunitarias.

Finalmente hay que recordar algunas fechas:

18/10: encuentro de comunidades
15-16/11: retiro de oración
24/12: Olentzero y Misa de Gallo
31/01: Globada por la Paz
7-8/2: ejercicios de comunidad
27-29/3: venta del Rastrillo
9-11/4: Pascua
9-10/5: laicos y comunidades de la Provincia
30/5: fiesta de Pentecostés
13-14/6: encuentro de comunidades

Tenemos también una propuesta que habrá que ver si es posible llevarla a cabo: convocar en algún momento a la gente que pueda estar interesada, de las diferentes comunidades, para sacar adelante alguna reflexión que pueda ser interesante para todos. Alguna idea: un mayor compartir económico, ministerios, etc.

Siguiendo ya lo que se va haciendo tradición, dedicamos este Papiro a la recopilación de una serie de materiales que nos pueden ayudar a la formación a lo largo del curso. Además de buen instrumento, será un recordatorio en el futuro del recorrido que hemos ido haciendo.

A lo largo del curso habrá que ir completando este material con las reflexiones que se vayan haciendo en las diferentes comunidades.

PERFILAR NUESTRA IDENTIDAD

Comenzamos con el primero de los tres retos que planteábamos en la Panorámica de las comunidades: perfilar nuestra identidad.

Llevamos ya unos cuantos años trabajando este asunto. Hemos elaborado un montón de documentos (Ideario, Pertenencia, Vocación, Amor, Identidad, Organización, Opción definitiva, Proyecto de las comunidades, Líneas de acción), nos hemos constituido como Fraternidad Escolapia, vamos haciendo camino desde el día a día... y sin embargo es grande la tarea que tenemos por delante.

Estamos inventando un modelo nuevo. Hay muchos aspectos que todavía se nos escapan. Algunos relativamente sencillos y otros bastante más complejos (reconocimiento jurídico eclesial y civil, surgimiento de ministerios y su relación con vocaciones laicales específicas, dinámica del envío, diseño de distintos modelos comunitarios dentro de una única comunidad, movilidad normalizada, responsabilidad en obras propias, camino conjunto con los escolapios, estilo de crecimiento futuro, papel de las familias y los niños, corresponsabilidad en nuestra iglesia,...).

Las necesidades de una Iglesia en medio de una sociedad que se va secularizando, el clamor de los necesitados de nuestra tierra y del mundo entero, la urgencia de una educación que prepare a las generaciones futura para abordar estos retos, son las llamadas del mismo Dios que nos piden aclarar nuestra identidad para ir dando la respuesta más adecuada.

Contenido del núcleo:

Cinco temas para la reflexión:

1. Identidad laical e identidad religiosa
2. Nuestro modelo de laico
3. Carismas y ministerios en nuestra comunidad. Vocaciones laicales.
4. Identidad como comunidad:
 - Fundación ITAKA

- Modelos comunitarios dentro de una única comunidad
- Responsabilidad en obras propias
- Sentido de globalidad: dinámica de envío, disponibilidad, movilidad normalizada, opción definitiva...

5. Nuestra identidad dentro de la Iglesia:

- Nuestras comunidades como forma y oferta de ser iglesia
- Relación entre laicos y escolapios. Pasos futuros.

Otros posibles contenidos que podrían incluirse en este apartado:

- Una pastoral posible para un laicado necesario (Artículo de Alberto Cantero que presentó en una conferencia a religiosos de AVEC)
- Familias en la comunidad
- Presencia de las comunidades en la sociedad
- Modelos comunitarios diversos
- Papel de los coordinadores
- Líneas de futuro
- ...

1.

IDENTIDAD LAICAL Y RELIGIOSA

Parece importante clarificar ambas vocaciones para enriquecer a cada una de ellas y para ver la mutua relación.

Nuestras comunidades, fundamentalmente laicales, tienen entre sus miembros a religiosos.

El Capítulo General de los escolapios abre la posibilidad a un caminar conjunto, incluso llegando a la figura del escolapio laico o de comunidades enteras integradas carismática y jurídicamente en las Escuelas Pías.

Es importante no llegar a confundir estas vocaciones, que tienen su propia identidad. Y el intentar descubrir cuáles son los elementos que se pueden compartir en un

caminar conjunto y lo que es propio e irrenunciable de cada una de estas vocaciones.

No se trata simplemente de una reflexión teórica, sino que tendrá sus inmediatas repercusiones en el funcionamiento cotidiano.

Los documentos eclesiales hablan de que lo propio del laico es la secularidad (los aspectos propios del mundo: la familia, el trabajo, la política,...) y lo propio del religioso la consagración plena de la vida a Dios mediante los tres votos.

En otras ocasiones, no tan oficiales, se habla de algunos otros rasgos: la liminidad (el estar en los límites) propia de los religiosos (habría que ver si realmente es esa la situación real), la institucionalización de los religiosos (no se da tal diferencia en el caso de las asociaciones laicales de diverso tipo), la misma comunidad religiosa como referente primordial (a veces en el laico puede ser el primer referente la propia pareja o la familia, pero quizá no siempre), la disponibilidad (lo cual puede ser dudoso y prestarse a considerar que el laico puede ser menos disponible o a no valorar los elementos propios de su vocación),...

La frontera entre ambas vocaciones y los mismos términos pueden ser confusos. De hecho, lo propio de la vida religiosa es la incardinación en determinados aspectos de la secularidad y en sus inicios es una vocación laical. Y la consagración fundamental es la que viene dada por el Bautismo a todos los cristianos. Por otra parte, cabría pensar en el laico célibe o el que comparte sus bienes o el que está plenamente disponible a la comunidad, con lo que difuminamos en buena medida lo que parece peculiar de los votos religiosos.

Quizá la posible confusión venga dada por la multiplicidad de vocaciones dentro de cada una de estas dos identidades. No es lo mismo el religioso contemplativo que el activo, ni el laico centrado en su propia familia que el célibe, por poner algunos ejemplos.

Quizá lo interesante, en nuestro caso, sea ir descubriendo la diversidad dentro de la vocación laical y el ir diseñando los elementos que se pueden compartir sin que

pierdan su identidad ni los laicos ni los religiosos.

Como posibles apuntes para ir reflexionando podríamos seguir un esquema de tres puntos:

lo propio del laico

lo propio del religioso

elementos que se pueden compartir sin perder la identidad y logrando un mutuo enriquecimiento

2.

NUESTRO MODELO DE LAICO

Estamos creando un nuevo modelo de laico y quizá no seamos del todo conscientes de ello.

Muy relacionado con el tema precedente tenemos éste: ¿cuál es el modelo de laico que proponemos desde nuestras comunidades?

En la práctica estamos optando por un modelo muy plural, donde cabe estilos bien diferentes. Posiblemente esa sea la mayor riqueza de nuestras comunidades.

Sin embargo, y especialmente por las urgencias de nuestro mundo y de nuestra Iglesia, puede ser bien importante ir definiendo nuestro propio estilo.

Tenemos mucho avanzado con los documentos que elaboramos como claves para nuestra comunidad: ideario, amor, pertenencia, vocación, identidad, organización, proyecto y opción definitiva.

Quizá el momento en que nos encontramos nos permite el volver a leer estos documentos para sacar las pertinentes consecuencias:

El Ideario recoge los grandes principios e ideales de nuestras comunidades y, por tanto, el modelo de persona que pretendemos ser. ¿Lo seguimos trabajando personalmente y en comunidad?

El documento de amor trata de reflejar cómo entendemos la fraternidad. ¿Es una guía y un punto de contraste para nuestra vida cotidiana?

La pertenencia recoge los mínimos que toda persona y grupo comunitario tiene que hacer realidad. ¿Los cumplimos plenamente, en su letra y en su espíritu? ¿Nos conformamos con los mínimos o intentamos seguir dando pasos de avance? La vocación es un documento que plantea, además de la vocación común a nuestra comunidad, la diversidad de vocaciones que queremos posibilitar y potenciar. ¿Qué lectura vamos haciendo de este documento cada uno de nosotros y en cada comunidad?

La identidad recoge nuestra manera de entender la espiritualidad, la misión y la eclesialidad. Es el ideal al que apuntamos, aun a sabiendas que difícilmente podremos llegar a hacerlo plenamente realidad. ¿Es nuestro horizonte?

La organización quizá es lo que más hemos seguido trabajando desde el momento en que se elaboran los documentos. En cualquier caso, nos podemos preguntar por mejoras que convendría incorporar.

El proyecto es otro documento donde se concreta un aspecto de la identidad: el de la misión. A su vez todavía se plasmó más en los objetivos que nos planteamos para los próximos años. ¿Tenemos presente todo esto?

La opción definitiva fue una reflexión bien importante. Los que ya la han hecho, ¿la revisan y tratan de hacerla más plena en el día a día? Los que todavía no la han hecho, ¿se la están planteando como un paso más en su avance personal de seguimiento a Jesús?

La reflexión llevada a cabo es bien amplia y buena. Quizá nos falta ahora sacar todas las consecuencias para nuestra vida.

3.

CARISMAS Y MINISTERIOS

Unas cuantas ideas para “abrir el apetito” ante este tema de tanto interés para nosotros.

En nuestra comunidad existen llamadas a colaborar en su vida y crecimiento. Dios nos concede a cada uno un don que

debemos poner al servicio de la comunidad.

Además del servicio, que todo cristiano realiza en fidelidad con el Evangelio, existen ministerios dentro de la comunidad. Cuando hablamos de ministerios nos referimos a servicios necesarios en la comunidad y con cierta estabilidad.

Es un asunto que ha ido apareciendo frecuentemente, pero en el que no hemos sido capaces de profundizar ni sacar las consecuencias oportunas. Por ello, veíamos en el último encuentro la necesidad de que fuera el tema que trabajásemos en común todos.

Por ello, proponemos las siguientes reflexiones:

DE QUÉ HABLAMOS

Como introducción se pretende en este artículo aclarar un poco (o al menos hacer una propuesta de clarificación) los términos de carisma, ministerio y vocación.

En este tema hay una serie de conceptos profundamente interrelacionados: carisma de la comunidad, carismas en la comunidad, ministerio de la comunidad, ministerios en la comunidad, vocación.

No es lo mismo el carisma de la comunidad que los carismas dentro de la comunidad. Ni el ministerio de la comunidad que los ministerios en el seno de la comunidad. Y todo ello tiene que ver mucho con la vocación.

Hay una terminología que convendría delimitar para no estar hablando de cosas diferentes. De hecho, se suelen utilizar con diferentes contenidos que se pueden prestar a la confusión. Proponemos las siguientes definiciones:

Carisma es el don gratuito que Dios da a una persona (en cierto sentido se puede hablar también de grupo) para el bien de la comunidad.

Ministerio es el servicio concreto que una persona o grupo presta a los demás.

Vocación es la llamada personal que Dios nos hace a cada uno de nosotros para que

seamos felices (es lo que el Padre quiere de sus hijos) y contribuyamos a ese Reino que Dios quiere para toda la humanidad.

Aunque son términos muy relacionados, las diferencias son evidentes.

El carisma es lo más general y no se limita a la acción concreta como puede ser el ministerio. Este don de Dios que es el carisma implica un modo de mirar (una espiritualidad), un modo de hacer (el servicio o la misión y aquí se engarza con el ministerio), de estar y vivir (sentido comunitario y de eclesialidad) y de materializarse (la forma concreta).

Toda persona tiene un carisma. A todos Dios nos ha dado un don. La dificultad, a veces, es descubrir su alcance con nitidez. Cada uno de nosotros tenemos que preguntarnos por mi carisma personal, por mi modo de mirar (¿coincide con el mirar de Dios?); por mi modo de hacer (¿está al servicio del Reino?); por mi modo de estar y de vivir (¿está en consonancia con el de Jesús?); y por la forma en que voy haciendo que cristalice mi vida. Quizá por aquí tendrían que ir los proyectos personales de todos nosotros.

En cualquier caso, hay carismas especiales que son claramente palpables. ¿Quién puede dudar, por ejemplo, del carisma de la Madre Teresa de Calcuta, de Francisco de Asís, de José de Calasanz, o de tantos otros?

Cuando ese carisma personal se institucionaliza en un grupo y van pasando los tiempos, podemos comenzar a hablar del carisma del colectivo. Las aportaciones de los miembros (sus propios carismas, quizá menos espectaculares) van matizando y enriqueciendo el original. Así, para mantenerse fieles al carisma inicial y la presencia siempre viva del Espíritu, están en constante tensión entre la fidelidad al origen y la adaptación a las nuevas situaciones. A esto nos referimos cuando hablamos del carisma del grupo.

También podemos hablar de carismas dentro de la comunidad. La preciosa parábola de Pablo (1 Cor 12) nos ilumina. Podríamos traducirlo profanamente por los roles o papeles de cada uno dentro de la

comunidad. La riqueza de la comunidad es precisamente desarrollarlos plenamente y saber conjugarlos para el bien común. Es, sin duda, una tarea siempre pendiente.

El ministerio hace referencia a la misión, al servicio. El ministerio cristiano es el mismo de Jesús: la evangelización (Lc 4, 14s).

En este sentido, el ministerio o la misión de todos los cristianos es la evangelización: el dar a conocer a todos la Buena Noticia de que el Padre Dios nos quiere y nos propone colaborar en la construcción del Reino.

Ahora bien, esta misión cada persona y grupo la concreta en función de sus capacidades, posibilidades y opciones. En el caso de nuestras comunidades de ITAKA, lo hemos plasmado en la educación, la evangelización y la transformación social. Y, dentro de la comunidad, cada persona cumple su propia función o servicio: unos son responsables de los procesos educativos y catecumenales, otros se centran más en tareas de solidaridad con los más necesitados, otros en el cambio social y político, etc.

Sin embargo, el ámbito del ministerio no se acaba en el hacer. Hay también otro tipo de servicios que tienen más que ver con el ser y el vivir. Aquí hay una profunda relación con el carisma personal.

José Antonio García escribe en su libro "Hogar y taller" que en toda comunidad hacen falta cuatro papeles. No es que se trate de papeles siempre acomodables a personas concretas, sino en situaciones determinadas pueden ir variando. Siempre es necesario el "profeta", el que denuncia, protesta, molesta, se mete con los demás y el grupo. Es el que saca los aspectos débiles de las personas y el grupo. Quien está preocupado por ese futuro ideal que no llega nunca al presente. Frente al profeta, es necesario el "juglar", el cantor, el que sabe disfrutar de los detalles cotidianos, el que siempre destaca los aspectos positivos del grupo y sus miembros, el que no ve nada que cambiar sino seguir como se está, quien quizá parece tomarse a la ligera el avance del

grupo pues ya se está bien. No le preocupa el futuro, sino el presente. También en toda comunidad hace falta el “médico”, el que se preocupa por los heridos, por los que lo pasan mal, el que evita todo enfrentamiento y discusión, el que quiere la paz y tranquilidad en el grupo, conciliando lo que haga falta. Es la madre de la comunidad, que pretende que todo el que quiera pueda estar en la comunidad. E igualmente es preciso el “rector”, el organizador, el que tiene autoridad y coordina los distintos aspectos comunitarios.

También habría que hablar, aunque sea más difícil pero sin duda más acorde con el evangelio, el servicio de los enfermos, los ancianos, los pobres, dentro de la comunidad. Nos hacen descubrir, si somos capaces de mirar a fondo, nuestra propia debilidad y la urgencia del amor.

Cuando una comunidad se organiza va diseñando también algunos ministerios que le son necesarios para su funcionamiento interno. En nuestras comunidades contamos con los coordinadores de comunidad, con los miembros de la Comisión Permanente... y hemos hecho un tímido intento (por ahora) de crear el ministerio de la teología. De alguna manera, también los cooperantes en Venezuela han sido enviados por la comunidad.

Dentro de la Iglesia, contamos con múltiples ministerios internos a la comunidad (dejamos ahora de lado los externos que no son menos importantes). Además de los tres ordenados (obispos, sacerdotes y diáconos), existen muchos otros: catequistas, teólogos, educadores, misioneros, administradores, acción solidaria de la Iglesia,...

Ahora bien, tampoco podemos confundir los servicios puntuales con el ministerio. Éste requiere una cierta estabilidad (la iglesia ha pedido siempre definitividad en los ministerios ordenados: “imprimen carácter”) y un reconocimiento por parte de la comunidad (que puede poner sus condiciones: cierto talante de vida, formación, preparación,...).

Y para terminar de liar todo, está el concepto de vocación que resulta clave en el pensamiento y vida cristiana (podría ser interesante revisar el cuadernillo de oración que hicimos hace algunos años en torno a las vocaciones). Y que guarda estrecha relación tanto con el carisma como con el ministerio¹.

“Llamó a los que quiso y se acercaron a Él. Designó a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar con poder de expulsar a los demonios” (Mc 3, 13-15).

Dios llama a los que quiere para que estén con Él y para transmitir la Buena Noticia. Esta es la vocación de todo cristiano, pero que se experimenta personalmente y es el mayor don que podemos recibir.

Ahora bien, la vocación suele llegar a través de mediaciones: la oración personal y comunitaria, el discernimiento, las urgencias de nuestro mundo, las llamadas de la comunidad,... Y de nuevo entramos en profunda relación con los ministerios entendidos como servicios necesarios que son reclamados por la comunidad ante las urgencias que se van descubriendo como llamadas de Dios.

Así, concluimos que las tres nociones (carisma, ministerio y vocación), aun refiriéndose a matices diferentes, están compartiendo un mismo ámbito: el de la aceptación del regalo de Dios y la respuesta afirmativa.

REPASO AL NUEVO TESTAMENTO

Siempre el Evangelio (y todo el NT) es la referencia para los cristianos. Se ofrece una recopilación de textos que pueden ayudarnos. Podría ser también el eje de la oración de las comunidades durante el curso.

No son demasiados los textos que se refieren con relativa especificidad a los

¹ Tenemos una preciosa reflexión en nuestros documentos en torno a la vocación que sería bueno revisar.

ministerios. Sin duda que la cita más importante es la de Pablo a los Corintios y, curiosamente, es una situación de crisis comunitaria.

De todas formas, esta pequeña selección de fragmentos del Nuevo Testamento pueden servirnos como orientación².

Mt 1, 18-24: en el nacimiento de Jesús hay un personaje en las sombras: es José. Su callada tarea fue fiarse de Dios y acompañar el misterio.

Lc 1, 26-38: María se fía del anuncio del ángel y se convierte en la "esclava del Señor". Otro carisma bien sencillo y callado, pero fundamental.

Mc 1, 2-8: Juan Bautista, el precursor de Jesús. Nos encontramos con un carisma bien interesante.

Lc 4, 14-21: Jesús proclama su ministerio en la sinagoga de Nazaret. De alguna manera es el programa de acción de todos los que pretendemos ser sus seguidores.

Mt 4, 18-22: primeros discípulos llamados a ser pescadores de hombres.

Mc 3, 13-19: elección de los doce. Descripción preciosa de toda comunidad. Indica su misión: sentir la llamada, acercarse, estar con Él, predicar con el poder de hacer signos.

Mc 6, 6b-13: misión de los doce: sin llevar nada, predicar la conversión, arrojar el mal, curar a los enfermos...

Mt 20, 20-28: lo importante no es "sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús", sino el hacerse servidor. El ministerio es únicamente servicio.

Mt 25, 14-30: los talentos que nos han sido dados, el carisma personal, ¿lo enterramos o lo hacemos fructificar?

Mt 28, 16-20: la misión universal de los cristianos: la evangelización. Con la seguridad de que Él estará con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Lc 10, 38-42: Marta y María, dos carismas bien diferentes al servicio de Jesús.

Jn 15, 1-16: la vid y los sarmientos: sólo se puede dar fruto estando unido a Jesús.

Jn 21, 15-17: el ministerio de Pedro se basa en el gran amor a Jesús.

Hch 1, 15-26: elección de Matías para el ministerio de ser testigo de la resurrección.

Hch 6, 1-7: elección de los siete ante las nuevas necesidades que van surgiendo en la comunidad.

Hch 22, 1-21: Pablo describe su vocación y ministerio (más detallada que Hch 9, 1-22)

1 Cor 9-13: ante las divisiones en la comunidad de Corinto, Pablo recuerda que el ministerio es servicio.

1 Cor 12, 4 – 14, 5: texto central en referencia a los carismas y ministerios: todos tienen que conformar el Cuerpo de Cristo y siempre basándose en el amor.

2 Cor 6, 1-10: dificultades y paradojas del ministerio apostólico.

Ef 4, 7.11-13: pluralidad de dones que vienen de Cristo.

1 Tim 3, 1-13. 5,17: cualidades que deben tener los responsables de la comunidad.

Tito 1, 5-9: instrucciones sobre los presbíteros.

2 Tim 4, 1-5: fidelidad al ministerio en todo momento.

Éstos son algunos de los textos, posiblemente los más directos, que se refieren a los carismas y ministerios. Si incluimos los relativos a la vocación, el listado se ampliaría mucho.

QUÉ CARISMAS TENEMOS Y QUÉ MINISTERIOS NECESITAMOS

Si queremos concretar, es preciso ir pensando los ministerios que nos son necesarios.

Como invitación a ir pensando proponemos una simple lista con algunos posibles ministerios que serían bien necesarios:

En ITAKA:

Responsables estables de los procesos catecumenales

Consiliarios de los ERS

Encargados de comisiones

Profesores de la Escuela

Representantes en diferentes instancias: sector, juventud, diócesis, CJE,...

Cooperantes en Venezuela

² Podría completarse con las vocaciones del AT o con otras más actuales

Encargados del PISO
San Francisco
Altamira

En las comunidades:
Coordinadores de comunidades
Comisión Permanente
Consejo y Mesa de comunidades
Comisión mixta
Teología

En la Iglesia:
sacerdotes
religiosos y religiosas
militancia social y política
presencias entre los más pobres
familias cristianas
profesionales comprometidos

En relación con el colegio y los escolapios:
profesores implicados en el colegio
escolapios laicos

CÓMO DAR FORMA A LOS MINISTERIOS EN NUESTRA COMUNIDAD

Unas pistas para que podamos seguir concretando.

Los ministerios son una necesidad de la comunidad y en la medida en que ésta avanza van surgiendo los ministerios. Pero también sucede al revés: en la medida en que van apareciendo ministerios la comunidad entera se enriquece con las aportaciones peculiares de cada uno.

Una variante, sin duda, es ir dejando que la misma historia que vamos haciendo día a día nos vaya haciendo descubrir las necesidades y, en función de ellas, ir potenciando los ministerios que nos serán necesarios para atenderlas.

Pero también cabe el tratar de impulsar el avance comunitario viendo las personas concretas que estamos y tratando de descubrir las potencialidades que encierran y que quizá no llegamos a aprovechar del todo.

Una pista la podemos encontrar en la necesidad que perciben algunos grupos

comunitarios de tener algún proyecto que les dé mayor cohesión. Quizá el encargo de alguna labor a determinadas comunidades puede ser ya un primer paso.

Otra pista, aunque no sean estrictamente ministerios, la tenemos en los intentos de un mayor compartir económico que están ensayando algunas de las comunidades techo, en el sentido de ampliar ese compartir a varios grupos comunitarios.

La misma propuesta que presentamos al Capítulo General de los escolapios en el sentido de una integración carismática y jurídica, tanto personal como comunitaria, puede ser otra línea de avance. Está indefinida, pero bastante hablada, la figura del escolapio laico que habría que intentar materializar.

La tentativa de impulsar los estudios teológicos no está saliendo demasiado bien por la escasa respuesta práctica que está recibiendo. Quizá no hayamos llegado a tomar conciencia de la importancia que puede llegar a tener esto.

La figura de los coordinadores de la comunidad es bastante diferente en los distintos grupos. En ocasiones hablamos de la necesidad de alguna formación específica para ellos, pero no terminamos de ponerla en marcha. Es, sin duda, un ministerio bien tangible entre nosotros.

Sí está más claro el papel de los cooperantes y el de su formación, aunque sea preciso seguir avanzando en ellos. La labor del VTM y la misma experiencia nos van indicando aspectos importantes que tener en cuenta.

También se da entre nosotros el ministerio sacerdotal aunque, quizá por estar presente desde el inicio y no haber reflexionado demasiado en su papel en nuestras comunidades, no lo tenemos muy trabajado entre nosotros. Pensando en el futuro será algo bien importante que tener en cuenta.

También las mismas situaciones personales que irán dándose entre nosotros nos van a abrir horizontes nuevos. Cuando se prolonga a lo largo de los años la pertenencia a una comunidad de techo con un proyecto bien concreto, comienza a surgir una cierta vocación (la clave es la

continuidad) que se convierte en un ministerio para el conjunto de las comunidades. Habrá que irlo pensando.

En el Capítulo General de los escolapios se planteaba la figura del escolapio laico. Puede ser también un posible ministerio bien importante para el futuro de nuestras mismas comunidades.

Podemos hablar de ministerios menores (en el sentido que no suponen una gran duración en el tiempo) cuando hablamos de responsables de los grupos del proceso, encargados de determinadas comisiones (de ITAKA o de las comunidades), etc. Pero se trata de otro nivel.

Es éste un asunto bien clave en nuestras comunidades y tendremos que ir avanzando por él.

ESPIRITUALIDAD DE LOS MINISTERIOS

Este enfoque que da tanta importancia a los ministerios supone un estilo concreto de espiritualidad.

El vivir desde la clave ministerial (o vocacional o carismática) supone ya una cierta espiritualidad.

Si nos planteamos la vida desde la aportación específica que puedo hacer a la comunidad (y aquí se puede entender la propia de ITAKA o la Iglesia entera o la sociedad o a los más excluidos de ella), la vida entera toma otra óptica.

Y si, además, nos lo planteamos como esa llamada personal que nos hace el mismo Dios (a través de la misma comunidad, o desde las necesidades que se van detectando,...), entonces la vida entera se hace respuesta al don de Dios.

En este sentido, la misma experiencia personal de Dios queda transformada por aquello que vivimos como nuclear en nuestra vida: el prestar el servicio que los demás requieren de nosotros, el realizar el don que hemos recibido de Dios y el responder a su llamada.

Pero también afecta a la comunidad entera que siente el ministerio de los demás como algo que le enriquece personalmente y que enriquece y hace posible la comunidad

global. Quizá entonces empezamos a entender el texto de Pablo cuando habla de que todos formamos un mismo cuerpo, con Cristo a la cabeza y donde cada uno cumple la función encomendada.

De todas formas, cuando pretendemos hablar de espiritualidad siempre nos movemos en terreno movedizo. Es difícil hablar de una experiencia y sólo se puede apuntar de modo balbuciente lo que es preciso vivir con intensidad en el día a día.

En el tercero de los núcleos que se apuntan en este Papiro podemos encontrar una reflexión más extensa en torno a la espiritualidad.

4.

IDENTIDAD COMO COMUNIDAD

La misma dinámica comunitaria nos irá haciendo avanzar en nuestra identidad conjunta. Pero siempre es bueno adelantar desde la reflexión lo que la misma vida nos pueda ir planteando.

En nuestra identidad como comunidad hemos dado grandes pasos: nuestra constitución como Fraternidad Escolapia, el reconocimiento eclesial y civil, la propuesta de constituirmos como fundación... Habría que ir definiendo algunos asuntos:

Fundación ITAKA. Ya tenemos una propuesta de estatutos que habrá que revisar. También queda pendiente el asunto de fondo de la conveniencia o no de la creación de tal organismo y de los aspectos que entrarían en él. Es una reflexión que pospusimos en el encuentro de comunidades de junio del 97.

Sentido de globalidad, con lo que implica: dinámica de envío, disponibilidad, movilidad normalizada, opción definitiva,...

Distintos modelos comunitarios dentro de una única comunidad. Es una apuesta que hemos hecho este curso. Habrá que ver la marcha, los resultados y la conveniencia o no de seguir en esa dirección.

Posibilidad de asumir obras propias. A veces surge la duda de si será o no posible que una comunidades laicales lleguen a

asumir con la continuidad y garantía necesarias una obra propia. En nuestro caso, al contar con los escolapios, tenemos unas posibilidades interesantes, pero que será preciso ir definiendo.

Criterios comunes ante determinados acontecimientos que pudieran requerir alguna postura conjunta.

5.

NUESTRA IDENTIDAD DENTRO DE LA IGLESIA

Cuál es el papel que debemos desempeñar dentro de nuestra Iglesia es el planteamiento que se hace en este apartado.

Cada cristiano y cada comunidad tienen su propia identidad, su propio carisma. Y cada uno de ellos tiene la obligación de ponerlo al servicio de la gran comunidad de la Iglesia.

Desde nuestro reconocimiento eclesial como asociación privada de fieles, hemos querido hacer más explícita aún nuestra propia identidad dentro de la Iglesia.

En su día hicimos una reflexión, que nos ocupó todo un curso, en torno a nuestro modelo de Iglesia. Es clara entre nosotros la apuesta por el modelo de las pequeñas comunidades. Vimos desde los comienzos la necesidad de una inserción eclesial fuerte que fuese nuestra propia base y nuestra aportación al conjunto de los seguidores de Jesús.

Pero es una tarea que siempre siguen pendiente.

Algunos asuntos que podrían entrar aquí:

Nuestras comunidades como modelo y oferta de ser iglesia

Relación entre laicos y escolapios

Participación y postura ante la Iglesia

Participación en el nuevo Plan de Evangelización

Cuál es el modelo eclesial que proponemos

CAMINAR CONJUNTO CON LOS ESCOLAPIOS

Algunas ideas que ya se apuntaron en el encuentro de junio del 97:

Cuidar momentos: ordenaciones, opciones definitivas, entrada de los nuevos a comunidad, asamblea de comunidades, Capítulo de obra, en alguno temas comunes de la Asamblea Provincial, algún retiro conjunto, San José de Calasanz,...

Ir informando a los religiosos de los pasos que vamos dando los laicos con el reconocimiento eclesial y civil

Posibilidad de algún signo de colaboración con los proyectos laicales (avaluar el préstamo de la compra del piso)

Posibilidad de participar algún escolapio en el proyecto de la nueva fundación: de momento habría que ir haciendo que suene Proyecto de Venezuela

Trabajar el tema de los ministerios también entre los religiosos

Seguir con el doble funcionamiento de la Comisión Mixta

Posibilidad de participar la Escuela Pía en la fundación (además de su presencia por medio de la Comisión Permanente)

Mantener un encuentro anual: podría ser con las conclusiones del Capítulo General

Ir concretando lo necesario para poner en marcha la figura del escolapio laico

Pensar el contenido de nuestra propuesta al Capítulo sobre la posible colaboración de un colectivo con los escolapios

UNA PASTORAL POSIBLE PARA UN LAICADO NECESARIO

Alberto Cantero

Conferencia impartida por Alberto a religiosos de la AVEC

0. Un tema de hoy

No hay duda de que en los últimos años las reflexiones y opiniones en torno al tema del laicado se han multiplicado. Desde que hace treinta años el Concilio Vaticano II proclamó la plena dignidad de la vocación

laical en la Iglesia, han sido muchos los esfuerzos de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares en ir haciendo realidad este principio. Más cerca, en 1987, fue tema principal del Sínodo de los Obispos y de la exhortación postsinodal del Papa titulada “Christifideles laici” (Los fieles laicos).

Especial interés tiene el hecho común entre muchas órdenes religiosas de ver como en torno a ellas se han ido creando asociaciones laicales que plantean establecer vínculos determinados con ellas. Son varias las congregaciones que están dedicando sus capítulos provinciales y generales a esta cuestión.

Además, hoy por hoy, podemos decir que existe una participación del laicado en la misión de la Iglesia notablemente mayor que en épocas pasadas. La pregunta que nos debemos hacer los cristianos en general y quienes tenemos alguna responsabilidad en la pastoral de colegios católicos en particular, es si esta participación del laicado en la Iglesia es acorde con las necesidades de su misión y con las necesidades del mundo, y cuáles son las líneas pastorales que se deben potenciar para que esta participación aumente en cantidad y en calidad y transforme nuestra Iglesia y el mundo, para poder pasar de la espléndida teoría expresada por el Concilio Vaticano II a ser una verdadera praxis eclesial.³

1. Un tema de siempre

Resulta clarificador estudiar cuál ha sido la evolución de la vocación laical en la Historia de la Iglesia para entender algunos de los rasgos que hoy presenta.

Es cuando la Iglesia se empieza a institucionalizar, es decir a asimilar la estructura y la cultura del Imperio romano, cuando comienza a utilizarse el término pagano “laos = pueblo”, para designar a los miembros de la Iglesia. El inconveniente fundamental de este término es que si bien en un principio la denominación de todos los seguidores de Cristo como el “Pueblo

de Dios” no ofrece ningún problema de interpretación, a partir de cierto momento (s. III - s. IV), empieza a hacerse de forma restrictiva. Así, al igual que en términos paganos, “laos” designaba a la “plebe” en contraposición con las autoridades, en el seno de la Iglesia comienza a distinguirse con este término a quienes no participaban del ministerio ordenado. Es el primer momento de la Historia de la Iglesia en el que el modelo de comunidades, carismas y ministerios, muy rico en la tradición anterior, empieza a resquebrajarse y a sustituirse por una estructura estamental jerarquizada similar a la del Imperio.⁴

Prácticamente a la vez que este proceso de “oficialización” de la Iglesia, y por tanto del surgimiento de un cristianismo sociológico, aparece como reacción, el movimiento monacal en su doble versión: la eremítica y la comunitaria. Es un movimiento que pretende vivir según la radicalidad evangélica y que entronca con las tradiciones proféticas y martiriales anteriores. En unos momentos en el que la mundanización de la Iglesia empieza a ser evidente, su pretensión es vivir el evangelio a través de la renuncia a los valores del mundo: al dinero a través de la pobreza, al placer a través de la castidad y al poder a través de la obediencia.

Este movimiento, en un principio profundamente laico, ya que también promovía la renuncia de los privilegios propios de los cargos eclesiásticos, va a tener un doble significado para la vida de los laicos y las laicas. Por una parte, y gracias a su naturaleza profética, va a conservar la propuesta evangélica de radicalidad poniéndola al alcance de cualquier persona, permitiendo que los laicos y también las laicas tuvieran su propio camino de santidad. Sin embargo, al mismo tiempo, al exigir esta forma de vida la “huida del mundo” y el rechazo a los

³ Christifideles laici, 2i

⁴Lo referente a la historia de la vocación laical está tomado de J.A. Estrada, *La espiritualidad de los laicos*, Ed. Paulinas, Madrid 1990 y de J. Álvarez Gómez, *Manual de Historia de la Iglesia*, Publicaciones claretianas, Madrid, 1987

valores mundanos, el monacato va a originar una corriente muy fuerte de depreciación teológica de las personas que intentaban vivir su fe en la familia, los negocios o cualquier otra realidad secular. Esto, unido a una antropología angélica, en la que el ser humano lucha por despojarse de lo que le ata a su naturaleza material, hace que enseguida (s. V) comience a tener éxito la división entre “carnales” y “espirituales” para designar a los seglares por una parte y a monjes y sacerdotes por otra.

Nos encontramos ahora, como en otros momentos de esta historia, con la enorme influencia que sobre toda la cultura occidental, y por tanto también sobre el cristianismo, tienen corrientes filosóficas paganas tan importantes como el estoicismo, el gnosticismo, el neoplatonismo,..., que desde planteamientos dualistas predicaban “un santo odio al cuerpo”, con el consiguiente pesimismo sexual y la negativización de la mujer, ideas inherentes ya a la espiritualidad monacal y por tanto a la única espiritualidad a la que podían acceder los laicos. La máxima figura de esta corriente la tenemos en San Agustín, que con sus preceptos teológicos que ligaban el pecado original con la naturaleza sexual de la procreación humana, va a suponer una gran influencia en toda la teología posterior en la línea de la depreciación de la vida secular....

Como consecuencia de esta tendencia en la espiritualidad monacal y como reacción también al dominio que empezaban a tener los señores feudales laicos sobre la institución eclesial, desde el siglo IX hasta la reforma gregoriana en el siglo XI, se da un proceso muy importante de clericalización de la vida monacal y de toda la Iglesia, de manera que incluso el acceso a un cierto modelo de espiritualidad laical que suponía la vida monacal queda definitivamente bloqueado para los seglares. A partir de este momento queda bien clara la separación entre los asuntos mundanos, propios de los laicos, y los asuntos de la Iglesia, propios de los sacerdotes, que perdura casi hasta nuestros días.

A pesar de que en el siglo XI se dan algunas experiencias de vida cristiana laical (comunidades rurales de Alemania e Italia)⁵, sólo en el siglo XII y sobre todo en el XIII por la influencia de Santo Tomás y las órdenes mendicantes se da un cierto resurgir de la idea de que todos los creyentes están llamados a la santidad. Desde una antropología positiva respecto a la naturaleza a la vez corporal y espiritual del ser humano y desde una teología de la Creación, Santo Tomás reivindica la caridad como camino de perfección para los laicos, sin establecer un vínculo esencial entre santidad y vida religiosa. Esta corriente de pensamiento, sin embargo, no puede contrarrestar la influencia tan importante de San Agustín, que es la que se impone definitivamente.

Como consecuencia del Concilio de Trento en el siglo XVI, tampoco se da una renovación importante en la teología sobre el laicado. Al contrario, y al ser este concilio una reacción a la reforma protestante, se hace hincapié en la importancia de la autoridad de la jerarquía eclesial para evitar nuevas desviaciones. A la vez que se subraya el poder dogmático y político del Papa, se encomienda al ministerio ordenado, sacerdotes y religiosos debidamente dirigidos por la jerarquía, ser los verdaderos guías de los fieles laicos, que como mucho podían aspirar a ser miembros de cofradías penitenciales o terceras órdenes dirigidas por aquellos.

Con la excepción de Francisco de Sales en el siglo XVII, en los últimos cuatro siglos de la Historia de la Iglesia no se dan demasiadas novedades en torno a los modelos laicales de pertenencia a la misma. Por otra parte, la Ilustración hará que en muchos aspectos la vida de los laicos se independice un tanto de la tutela de la Iglesia, aunque, por supuesto, esta seguirá teniendo un peso muy importante en muchos lugares hasta nuestros días.

⁵ Casiano Floristán, *Comunidades de Base*, Ed. Marova, Madrid 1971

2. La doctrina del Concilio Vaticano II

Debemos esperar hasta el siglo XX para encontrar en la Iglesia un despertar de la conciencia de ser Pueblo de Dios. Según esta forma de ver la Iglesia, todos y todas las creyentes desde el momento de ser bautizados y habiendo confirmado su fe en la edad adulta, están igualmente llamados al seguimiento pleno de Jesús. En lugar de una Iglesia en la que el clero es el agente principal y los laicos los “clientes” de una serie de servicios, empieza a apuntarse desde este Concilio una Iglesia en la que existen múltiples y variados carismas y ministerios.⁶

Aunque quizás habría quien pensara que aquel Concilio rompía con la Tradición de la Iglesia, lo cierto es que una gran medida fue la misma Tradición la que trajo luz sobre muchas de las cuestiones que se plantearon. Concretamente la Tradición de parte del primer milenio de la Iglesia, en la que toda la comunidad eclesial era ministerial, apostólica, carismática y profética. Todos los creyentes, va a decir el Concilio, participan del único sacerdocio profético y real de Cristo, es decir, todas y todos los creyentes estamos consagrados desde el Bautismo a hacer presente a Cristo, cada cual desde su propia vocación y realidad.⁷

A partir de aquí, la misma definición de laico podría superar la clásica dada en negativo de “no sacerdote”. Hay quien incluso ha propuesto no tener que dar una definición del laico, ya que según lo dicho, en positivo, el laico sería el creyente, sin más, el que ha sido bautizado y ha confirmado su fe en la edad adulta. Lo cierto es que teniendo en cuenta la historia más reciente de la Iglesia, en la que, sobre todo en algunos lugares, la condición de creyente era casi inherente a la de ciudadano, se hace necesaria una definición del laicado que vaya más allá que la puramente sacramental, y que tiene que ver con la misma misión de la Iglesia.

De esta manera a un nivel más práctico, incluso se recurre a una definición más sociológica y quizás restrictiva, y se habla de “laicos comprometidos” para referir aquellos creyentes que además de participar en la Iglesia desde el Bautismo y la Confirmación, participan en su misma misión salvífica a través de su testimonio, de su compromiso,....

Lo cierto es que el propio Concilio, como consecuencia de la realidad que debía reflejar, se debate entre estas dos ideas: por una parte habla del laico en positivo como miembro del Pueblo de Dios, y por otra parte, lo define también como el no sacerdote o no religioso⁸. En cualquier caso, y gracias a esta primera definición se abre la posibilidad de profundizar en una eclesiología que tenga en cuenta la diversidad de ministerios y de carismas, en la que los laicos y las laicas puedan establecer relaciones de corresponsabilidad en las tareas propias de la Iglesia, tanto internas como externas con los sacerdotes o religiosos.

Así, en los documentos eclesiales en que se intenta hacer una definición positiva del laicado, se acude también a la secularidad como uno de sus rasgos fundamentales, aunque no exclusivos⁹. Se entiende por secularidad, o “mundanidad”, lo propio de las realidades temporales, “del siglo”, del mundo. Lo cierto es que esta idea proviene en parte de la misma separación que desde muy pronto se hace entre Iglesia y mundo (vivir en el mundo sin ser del mundo). Aunque sin duda la naturaleza escatológica de la propia misión de la Iglesia lo haya permitido, en demasiados momentos ha significado esta necesidad de “no instalación en el mundo”, una negación de las realidades temporales como propias de la labor eclesial. Así como hemos visto, ante el proceso de mundanización que sufre la Iglesia en los primeros siglos, se reacciona con una huida del mundo y depreciación hacia todo lo temporal que tanta influencia ha tenido en la teología

⁶Lumen Gentium, II

⁷ Lumen Gentium 31

⁸ Lumen Gentium 31

⁹ Gaudium Spes 43

posterior. Sin embargo, hoy en día nadie niega que la tarea fundamental de la Iglesia de propiciar la llegada del Reino de Dios en la Tierra, supone también la transformación de las realidades temporales en consonancia con los valores evangélicos. Es en esta dimensión donde los seglares encontramos una clara implicación en la tarea de la Iglesia. Aunque evidentemente, esta tarea de estar presente en el mundo y en la Historia para transformarlos no es exclusivo de los laicos, a nosotros y nosotras nos corresponde de manera principal el hacerlo. De esta manera, las realidades en la que el laico y la laica vive se convierten en realidades donde el compromiso evangélico cobra nuevo valor: la familia, el trabajo, la política,....

3. Hacia un nuevo modelo de laicado significativo

Es indudable que esta forma de entender la pertenencia a la Iglesia de las y los laicos, ha supuesto y supone un verdadero reto para la propia organización de la Iglesia, que debe permitir una verdadera corresponsabilidad de todos los creyentes, sea cual sea su vocación, en la misión de la Iglesia. Muchas veces se ha exigido por parte de los laicos el necesario cambio estructural de la Iglesia para que se pueda dar esta corresponsabilidad, pero quizás no tantas veces se haya reflexionado sobre lo que estos cambios de mentalidad suponen también en los propios laicos y laicas.

El reclamar, con todo el derecho, la participación en la misión de la Iglesia por parte del laicado exige también una disponibilidad a asumir esa participación en todos los ámbitos: la evangelización, la educación, el trabajo pastoral,...., así como el compromiso en las realidades propias de la vida secular.

Si realmente se acepta el modelo eclesial en el que cobra verdadera importancia la diversidad de carismas y ministerios, han de asumir los laicos el compromiso de dar respuesta a la multitud de necesidades que el propio mantenimiento de la Iglesia o el llevar adelante su misión conlleva. La mies es mucha, y los braceros, aunque pocos,

deben estar dispuestos. Es indudable que si en este fin de milenio, más que nunca, es necesaria la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo, esta no va a estar a la altura de las circunstancias si todos los creyentes no toman como propia esa responsabilidad.¹⁰

La principal acción de los laicos ha de estar en su compromiso en la familia¹¹. Una de las claves para la transformación de la realidad sigue siendo la construcción de verdaderas familias fundadas en los valores del Evangelio. No hay sociedad que resista sin una estructura familiar saludable.

Otro ámbito de presencia clara de los laicos se torna más complicado: el trabajo. Es imprescindible que el cristiano no se despoje de esta condición cuando entra en ambientes hostiles como el mundo del trabajo, los negocios,... Si alguna realidad está necesitada de una presencia humanizante es la del mundo del trabajo. Donde cada vez cuenta menos la persona y más el beneficio producido por ella, hacen falta personas que desde el lugar en que se encuentren, recuerden una vez más cuál es el verdadero sentido del trabajo: el servir al bienestar de las personas. Es cierto que es difícil salirse de la lógica del sistema, pero sólo desde el testimonio y el compromiso se podrá conseguir una transformación de esta realidad tan importante.

Estas realidades seculares sin embargo, pueden suponer ciertos límites a lo que tradicionalmente han sido caminos de vida comprometida: el cuidado de los hijos significa menos disponibilidad para otros compromisos, el tener que buscar una seguridad económica que les garantice un mínimo bienestar puede llevar a tener que transigir en el trabajo con ciertas injusticias, la necesidad del ahorro puede llevar a planteamientos no demasiado solidarios, la posibilidad de inserción en una zona marginal está bastante limitada, el compartir los bienes tiene que combinarse

¹⁰ Apostolicam Actuositatem 3

¹¹ Lumen Gentium 35

con la necesaria autonomía de una familia,... El descubrir la presencia de Dios en esas realidades y cómo dar respuesta a estas limitaciones, proponiendo un modelo de vida laical que teniéndolas en cuenta no suponga un abandono de lo esencial del ser creyente es el verdadero reto para el laicado. Por otra parte, el que los ámbitos de presencia y de compromiso más evidentes para los laicos sean la familia y el trabajo, no puede ser utilizado por nadie como una excusa para limitar a ellos su presencia comprometida.

Hay que decir, al contrario, que si son las realidades temporales los campos de compromiso de los laicos, y el ordenar estas según los valores del Evangelio su labor, es necesario afirmar la urgencia de que los laicos y laicas asuman el compromiso sociopolítico como algo propio de su ser cristiano¹². Es impensable una acción transformadora de la Iglesia sin que los creyentes estén presentes en los espacios donde realmente se piensan, se proyectan y se realizan esas transformaciones: partidos políticos, movimientos sociales, sindicatos, plataformas de acción social contra la exclusión y la marginación,....

No se trata evidentemente, de resucitar antiguos modelos confesionales de intervención social, sino de hacerse presente, después de un discernimiento maduro, en todas las mediaciones que existan en la sociedad, desde el mayor respeto a la autonomía de todas estas realidades y mediaciones.

Pero no se limita la acción del laico exclusivamente a los asuntos "mundanos". La propia Iglesia tiene unas necesidades que por su mismo mantenimiento, han de ser atendidas. Si bien corresponde a los diáconos, presbíteros y al ministerio jerárquico el servir a la comunidad de manera principal, es indudable que esta labor no se puede restringir a estos ministerios. La misma liturgia, la catequesis, el acompañamiento pastoral de otros laicos, la animación de vocaciones, el

estudio de la teología,... son labores que también pueden tomar en sus manos los laicos y las laicas¹³. Sólo de esta manera se podrá garantizar, a su vez, el desarrollo de un laicado adulto y comprometido que sea capaz de asumir también la misión encomendada a la Iglesia. El limitar estos carismas "más intra-eclesiales" a los ministros ordenados, incluso aunque no hubiera escasez de vocaciones sacerdotales,, significaría persistir en el esquema eclesial de proveedores y clientes de bienes espirituales que conocimos en el pasado.

Aún más, no como propio del laicado, sino de todos los creyentes, queda por subrayar la también urgencia de un testimonio profundo y verdadero de todos los que decimos creer en el Resucitado de una vida acorde con el Evangelio. Incluso casi más importante que el propio compromiso, el ministerio desarrollado o el carisma recibido, es el testimonio de vida que debemos dar los que "viviendo en el mundo, no somos del mundo". Sin apartarnos ni renegar de nuestra propia condición, los cristianos debemos proclamar con nuestras propias vidas aquello en lo que creemos, en contra muchas veces de la corriente, sufriendo muchas veces la incompreensión, pero convencidos y convenciendo de que nuestra forma de vida nos hace profundamente felices. Valores que en absoluto son corrientes como opción por los pobres, la austeridad, la rebeldía ante la injusticia, el compromiso, la solidaridad, y sobre todo el amor, han de ser nuestras señas de identidad en un mundo que casi ha olvidado esas palabras.

Alguien después de esto, podrá tener la sensación de que en definitiva, se ha de ser un superhombre o una supermujer para poder ser laico en nuestros días: hay que ser buen padre y madre, estar presente y comprometido en el campo del trabajo y de la política y además ser catequista y teólogo, para en los ratos libres dar testimonio de coherencia con los amigos. Alguien quizás podría concluir que no es

¹² Puebla 791

¹³ Apostolicam Actuositatem 10

extraño que los que querían seguir a Jesús con todas las consecuencias se apartaran del mundo, dejando a un lado la familia y el trabajo para consagrarse en cuerpo y alma a su causa y que en realidad se le está pidiendo a los laicos y las laicas convertirse en una suerte de “monjes de fin de milenio”.

Es cierto que con la concepción de laicado predominante todavía hoy en nuestra Iglesia, es difícil imaginar un panorama como el descrito. Es por ello que es inaplazable el pensar y poner los medios necesarios para que surja este nuevo modelo de laicado significativo. Un nuevo modelo de vocación laical que deberá tener como claves irrenunciables:

- a) Una espiritualidad propia. Un nuevo modelo de vocación laical, exige también una nueva espiritualidad, propiamente laical¹⁴, que aun bebiendo de las numerosas fuentes de la espiritualidad cristiana y seguramente de la espiritualidad de la vida religiosa, sea netamente diferente y particular. Una espiritualidad que sea vivir según el Espíritu, que no ha de confundirse con una devoción interiorista que evite las implicaciones de la fe en el mundo exterior. Una espiritualidad que parta de un aprecio esencial por todo lo creado por Dios, especialmente por todo lo propio del ser humano, cuerpo y espíritu a la vez.
- b) La formación humana y teológica. Esta quizás sea una de las tareas más urgentes para nosotros y nosotras. Además de una formación profunda sobre todas las materias propias de nuestra realidad secular, en la que debemos descubrir los signos de los tiempos y que estamos llamados a comprender y a transformar con la mayor eficacia, nos es imprescindible una formación teológica suficiente para poder dar razón de nuestra fe y asumir las responsabilidades que sean

necesarias en la vida interna de la Iglesia.¹⁵

- c) El compromiso transformador. Una vocación laical que no tenga como seña inequívoca de identidad el compromiso por la transformación de la realidad, estará escamoteando lo más específico de esta forma de vida cristiana. Un compromiso que sea fiel a la llamada a ser sal y luz del mundo, que se aboque a propiciar la llegada del Reino de Dios a la Tierra. Un compromiso que tenga como centro la opción por los empobrecidos, por los preferidos del Padre.
- d) Una fe personalizada. Una fe de hombres y mujeres libres con la confianza puesta en el Padre, empeñados en el seguimiento de Jesús y renovados por el Espíritu Santo. Una fe que partiendo de la propia naturaleza humana, con sus grandezas y sus miserias, devuelve las riendas de la propia vida a cada persona, una fe en definitiva, que propicia la plenitud del ser humano.
- e) La vida en comunidad. A pesar de haber sido durante siglos el signo de distinción de la vida religiosa, debemos decir que la exigencia de una vida en comunidad es profundamente evangélica y por tanto propiamente cristiana. Es impensable responder a la llamada al seguimiento de Jesús en solitario. Sólo con el aliento, el apoyo y la exigencia de una comunidad de dimensión humana es posible afrontar este seguimiento y una pertenencia profunda a la Iglesia local y universal. Ya se ha dicho antes que esta nueva redefinición del laicado conllevaba un cambio importante en el modelo eclesial: es imposible pensar en una Iglesia comunión de comunidades vivas sin laicos y laicas que asuman su papel en su misión, así como es impensable que los laicos y las laicas ocupen su lugar en la misión de la Iglesia si esta no se conforma en torno a

¹⁴ Puebla 797

¹⁵ Apostolicam Actuositatem 29

comunidades que sean el sustento de una vida de fe.¹⁶

Lógicamente, la pluralidad y dinamicidad de la vida laical exigen la construcción de comunidades igualmente plurales y dinámicas, que impliquen unos mínimos irrenunciables pero que asuman sin rupturas los cambios propios de la vida secular. Mínimos irrenunciables que deben afectar de alguna manera los fundamentos de la persona: autonomía y seguridad (compartir decisiones, compartir bienes, lugares y modos de vida, opción por los pobres...)

Desde las primeras reflexiones en torno al laicado los cuatro primeros elementos que citamos han sido suficientemente tenidos en cuenta. El tema de la comunidad, sin embargo, ha sido y es uno de los temas pendientes en la teología del laicado. Tanto es así que, en mi opinión, es la clave que delimita los diferentes modelos de vida laical que se han propuesto y el modelo de laicado significativo que no termina de ver la luz.

4. Diferentes modelos de laicado

A grandes rasgos y utilizando como criterio el lugar que tiene la opción comunitaria en la vocación laical, se me ocurre esta clasificación de los diferentes modelos:

4.1 Modelo no comunitario.

- a) Es el modelo histórico de los laicos y laicas de vida ejemplar que han cultivado un camino de fe personal, con una vida litúrgica muy intensa y cuya única referencia comunitaria se da a través de la parroquia. Es un modelo por desgracia muy minoritario y difícilmente reproducible, aunque con mucho valor simbólico: Venerable Dr. José Gregorio Hernández.
- b) Dentro de este modelo también estarían otros casos en los que sí hay una asociación de laicos, pero sin una opción explícita por la pequeña comunidad: cofradías, oratorios, movimientos apostólicos,... Estos

modelos han supuesto en ciertos momentos de la historia de la Iglesia los únicos cauces de participación del laicado y la cuna de grandes cristianos.

4.2. Modelo comunitario estático.

En él se ubican todas las experiencias comunitarias que en todo el mundo surgieron y hoy todavía surgen pero sin conseguir una continuidad significativa. Fueron grandes ejemplos de vida cristiana y de compromiso, pero lamentablemente no se mantuvieron vivas lo suficiente como para convertirse en un modelo alternativo. Algunas de ellas desaparecieron al identificarse en mayor o menor medida con alguno de los modelos siguientes:¹⁷

- a) Comunidades espontáneas. Se forman después de un corto trabajo pastoral, con personas de gran voluntad, pero sin haber tenido un proceso catecumenal y de discernimiento en común que permita una opción suficientemente personalizada. A veces estos agrupamientos se convocan para una actividad o misión concreta e incluso se pueden mantener durante algún tiempo, mientras dura esa misión.
- b) Comunidades activistas. Son comunidades volcadas casi exclusivamente en la misión, en las que otros aspectos de la vida de fe pasan a un segundo plano.
- c) Comunidades isla. Suelen ser comunidades pequeñas, que desde un primer momento o después de un tiempo de funcionamiento, se quedan aisladas de los procesos catecumenales y de otras comunidades de su alrededor de manera que no es posible una renovación generacional que dé estabilidad al proyecto comunitario. Cuando se quieren dar cuenta, ya son comunidades de “gente mayor” que difícilmente son atrayentes para los jóvenes. Por otro lado, la misma falta de gente nueva propicia en no pocos casos el cansancio y el estancamiento del

¹⁶ Apostolicam Actuositatem 18

¹⁷ Otra clasificación de comunidades en J.M. Ilardua, *Comunidad y proyecto comunitario*, Hegian Nº 16, Vitoria 1996

grupo, fase siempre anterior a la desaparición.

- d) Comunidades puras. Si una comunidad quiere permanecer y responder a más personas que a los que le dieron origen, debe adoptar, en mayor o menor medida, cierto grado de institucionalización. Puede ocurrir que una comunidad, por miedo a perder el carisma y la pureza original, se resista a dotarse de una mínima organización, de unas normas, limitando así su propio crecimiento. Sin duda que existe el peligro de convertirse en una asociación más, con sus normas y preceptos, y alejarse de ser una comunidad viva de personas cercanas que comparten su fe, pero eso no tiene que impedir que con mucho cuidado, por supuesto, se vaya construyendo las bases sobre las que poder ampliarse sin peligro.
- e) Comunidades ortodoxas. Otro de los claros peligros que pueden correr las comunidades es el de limitarse demasiado a unos parámetros concretos. En demasiados casos se han creado comunidades alrededor de una idea de persona, de sociedad, de comunidad, de misión tan cerradas, que muy pronto se han convertido en feudos ideológicos de unos pocos, incapaces de abrirse a otras formas de pensar y por tanto de ser signo ante los demás. La excesiva dependencia de algunas comunidades a algunos proyectos políticos puede llevar también a la manipulación mutua, que en cierta forma es un nuevo modo de confesionalismo.
- f) Comunidades dispersas. Como la excesiva homogeneidad no es recomendable, tampoco lo es una pluralidad tal que impida ponerse de acuerdo en unos mínimos. Cada comunidad, aún siendo muy abierta, debe tener una visión y un estilo propio de vivir la fe que la caracteriza y diferencia de las demás.
- g) Comunidades sectarias. Son aquellas cuya inserción en la Iglesia local e identificación con la Iglesia Universal es escasa. Sobrepan la necesaria crítica a la realidad intraeclesial y caen en un

excesivo distanciamiento de su jerarquía.

h) Comunidades personalistas. Son comunidades demasiado dependientes de su fundador, con una estructura piramidal y poca pluralidad. Difícilmente sobreviven a su jefe.

i) Comunidades cobija. Son aquellas que la forman personas que por lazos fundamentalmente afectivos se encuentran muy satisfechas y difícilmente son lugar de progreso o exigencia. Con el tiempo van perdiendo cada vez más elementos de comunidad y es difícil distinguirlas de un grupo de amigos.

Lógicamente estos rasgos no tienen por qué darse en solitario o en toda la vida de las comunidades estáticas. Lo normal es compartir varios rasgos y pasar por diferentes tipos antes de desaparecer.

4.3. Modelo comunitario institucionalizado.

Dar cauce estable y comunitario a una vocación laical significativa exige construir unas comunidades que siendo lo suficientemente flexibles como para permitir el crecimiento de la fe y la vocación de sus miembros, garanticen ser respuesta también para los que en el futuro quieran seguir el mismo camino. Para ello las comunidades deben responder a una serie de retos:

- a) Ser comunidades que cuiden siempre los procesos catecumenales y la formación de sus miembros para garantizar su estabilidad y su futuro.
- b) Ser comunidades con el convencimiento de que tienen algo que ofrecer, que sean capaces de organizarse sin complejos, sin falsos idealismos, para poder crecer sin miedo a morir a causa del propio crecimiento.
- c) Ser unas comunidades abiertas en las que convivan personas de diferentes edades, formas de pensar, en constante renovación, para poder siempre dar respuesta a las nuevas generaciones.
- d) Ser comunidades de personas que aún diferentes están en una misma sintonía y comparten un mismo carisma al que

mirar en tiempo de dudas, para mantenerse unidos en lo fundamental.

- e) Ser comunidades con un espíritu eclesial misionero claro, atentas a las necesidades de nuestra Iglesia y del mundo para ser verdadero signo de la presencia de Jesús y no el capricho de unos pocos.
- f) Ser comunidades de verdaderos hermanos adultos en las que todos dependen de todos, para evitar personalismos y poder un día sobrevivir a los que nos guiaron en un principio.
- g) Ser comunidades en marcha, sin parada final, exigentes, proponiendo siempre nuevas metas, nuevos caminos, para que realmente sirvan al crecimiento de cada persona.

Como vemos, responder a estos retos pasa necesariamente por construir un modelo de comunidades institucionalizado. Es decir, unas comunidades que asuman su vocación de mantenerse en el tiempo, de ser camino para otras generaciones y aportar su significatividad a la Iglesia y al mundo dotándose de un nivel organizativo permanente y visible.

Este tipo de modelo, de comunidades laicales institucionalizadas, se está desarrollando, en lo que yo conozco, de tres formas diferentes, todas muy interesantes.

4.3.1. Comunidades independientes. Son aquellas comunidades que surgidas de diferentes maneras, son de hecho, o por vocación, independientes de cualquier otra entidad de la Iglesia, salvo, lógicamente, la vinculación eclesial propia del estatuto canónico correspondiente. En estas comunidades, la identidad laical se vive sin interferencia alguna, al menos visible, de cualquier otro modelo de vida cristiana. Es una opción que siempre debe estar abierta.

4.3.2. Comunidades laicales parroquiales. Es un modelo por desgracia poco extendido, que recoge comunidades surgidas de proyectos parroquiales de pastoral que han tenido un acompañamiento suficientemente prolongado. Si esto último falla, estas comunidades se convierten en

independientes o acaban desapareciendo siguiendo alguno de los pasos del modelo no estático.

4.3.4 Comunidades vinculadas a congregaciones religiosas. Son experiencias, todavía escasas, pero a mi parecer, más comunes que las anteriores, y que se caracterizan por ser comunidades laicales surgidas del trabajo pastoral continuado de alguna orden religiosa con la que se establece un vínculo determinado. Este es el modelo del cual yo provengo y del que más detalles puedo dar.

Es muy curioso observar cómo en diversas órdenes religiosas, se están dando, de formas muy diversas, pasos en la dirección de clarificar la relación entre esas comunidades de laicos y las congregaciones de cuyo trabajo pastoral de muchos años han surgido.

Aunque nuestra vocación, sin duda, es la de ser cristianos de pleno derecho en esta Iglesia y la de servir de camino a los que como nosotros y nosotras quieran, desde su condición laical consagrarse al seguimiento de Jesús, hoy por hoy, sin embargo, esto sería muy difícil sin contar con una inserción eclesial fuerte que garantizara que estos esfuerzos pueden dar fruto

Es por esto que en nuestra relación con las respectivas congregaciones religiosas, algunos laicos y laicas hemos encontrado, además del acompañamiento y el testimonio de cómo vivir la fe en comunidad desde la disponibilidad y el servicio, una forma real de poner en práctica ese nuevo modelo de vida laical: participando en la pastoral, en los proyectos conjuntos, soñando nuevos caminos,....

Por su parte, los religiosos, en este redescubrimiento de los carismas fundacionales en que están inmersos, sobre todo desde el Sínodo sobre Vida Consagrada de 1996, van descubriendo que sus carismas particulares, don de Dios a la Iglesia, no les pertenecen en exclusiva¹⁸, sino que es el Espíritu quien lo

¹⁸ Vita Consecrata 54

distribuye como quiere (I Cor 12, 11), siendo compartido también, con todos los laicos y laicas que han ido creciendo en su fe a la luz de ese mismo don.

Es cierto que en esta estrecha convivencia de la vocación laical y religiosa se corre el peligro de trasplantar una espiritualidad más arraigada, la religiosa, sobre una espiritualidad naciente, la laical. Sin embargo, no es menos cierto que la vida religiosa ha sido la encargada de conservar, por medio de los votos de castidad, pobreza y obediencia, las intuiciones fundamentales del seguimiento radical de Jesús desde el siglo III hasta nuestros días. Quizás la clave para dar con una espiritualidad laical igualmente radical y significativa debemos buscarla en esas intuiciones que están detrás de los votos: la opción por los pobres, la libertad ante toda idolatría y la disponibilidad para el Reino. Lógicamente, nuestra forma de llevarlas a la vida no puede ser la misma que en la vida religiosa, pero sí debe ser el mismo el espíritu que nos anima, que no es otro que el Espíritu del Jesús del Evangelio.

También ha habido quien ante esta nueva situación ha agitado el fantasma de la llamada crisis de la vida religiosa aduciendo la revalorización de la vocación laical como una de sus causas. Desde un modelo eclesial de unidad de misión pero diversidad de carismas y ministerios, hemos de decir que cuanto más se revaloriza la vocación laical, mayor sentido cobra la vocación religiosa y sacerdotal, ya que todas ellas se alimentan y dependen mutuamente. Lo que sí es cierto es que esta nueva manera de entender la Iglesia, va a exigir que cada vocación profundice en lo esencial de su camino: la laical en su inserción en lo secular, la religiosa en su carácter de signo y en su ubicación en “las fronteras”, la sacerdotal en su servicio a la comunidad,...

Cualquiera de los tres modelos de comunidades institucionalizadas es digno de tomarse en cuenta y puede ser el nicho en que vaya naciendo ese modelo de laicado significativo del que hablamos.

5. La pastoral necesaria

Ante este panorama, imagino, lo que más nos puede interesar a los que trabajamos en la pastoral de los colegios católicos en Venezuela es saber qué papel jugamos en el surgimiento de este modelo de comunidades y de laicado.

Lo primero que debemos decir es que el papel que juguemos dependerá de la opción que tomemos. Una pastoral que contempla una misión de la envergadura que se plantea sólo se podrá llevar adelante después de una opción meditada y consciente. Una opción que, al igual que las grandes opciones educativas exigen un proyecto pedagógico, exige un proyecto de pastoral, con sus objetivos, medios y etapas¹⁹. La relación entre lo pastoral y lo pedagógico en un colegio católico debe ser muy estrecha pero sin caer en la trampa de decir que “educando ya evangelizamos” o “dando catequesis ya educamos”. La Educación y la Evangelización deben ser los dos soportes sobre los que se debe apoyar el proyecto de centro de cualquiera de nuestros colegios, es decir deben estar debidamente plasmados en proyectos realizables y evaluables. Esto significa que al igual que dedicamos personal y esfuerzos para esmerarnos de que lo pedagógico marche bien, si realmente queremos responder con fidelidad a lo que la Iglesia y el país pide de la Escuela Católica²⁰, no podemos escatimar energías y dedicación al proyecto de pastoral. Debemos plantearnos con seriedad, la consigna de organizar nuestros colegios desde la pastoral.

Lo segundo es que, evidentemente, no todo tipo de planteamiento pastoral puede dar lugar al surgimiento de comunidades institucionalizadas. Sólo aquella pastoral que ya en su desarrollo lleve el germen de

¹⁹ Como refiere Equipo Nueva Evangelización *Ideas para un proyecto pastoral en los colegios*. SIC nº 577, Agosto 1995. Caracas

²⁰ Puebla 112 y *La esperanza no defrauda*, Conferencia Episcopal venezolana, Enero 1997

las pequeñas comunidades puede plantearse con verosimilitud el éxito. Una pastoral de este tipo debe tener como características principales:

Ser una pastoral centrada en el seguimiento de Jesús, no en devociones y costumbres.

Ser una pastoral catecumenal, educativa. Una pastoral en la que la formación tenga un lugar fundamental, atendiendo el momento evolutivo de los niños y jóvenes y con métodos apropiados²¹

Ser una pastoral de línea y no de puntos. Una pastoral basada en la idea de proceso, no en la idea de eventos, sacramental pero no sacramentalista²². Una pastoral continuada en el tiempo, por etapas, en la que los momentos fuertes están en función del proceso y no al revés

Ser una pastoral con una clara opción por los empobrecidos, que anima al compromiso transformador, que potencia valores de solidaridad, justicia,....

Ser una pastoral vocacional, que ayuda a discernir las diversas vocaciones cristianas. Ser una pastoral del acompañamiento personal, no masiva, que evite todo planteamiento de nueva cristiandad, que busque opciones libres y no la captación.

Ser una pastoral de equipo, planificada, evaluada, organizada, que huye de improvisaciones. Una pastoral sistemática.²³

Ser una pastoral que opta por el grupo como método y como experiencia embrionaria de una inserción en la Iglesia Universal a través de las pequeñas comunidades eclesiales.²⁴

Ser una pastoral que sobrepasa lo escolar y se extiende a lo extraescolar. Una pastoral que no abandona al joven cuando

termina su formación colegial. Una pastoral que intenta implicar a las familias en la misma.

Ser una pastoral que invita a la celebración, a la cercanía con el Dios de los humildes. Que propicia una espiritualidad trinitaria, del encuentro con el Padre en el seguimiento de Jesús y siempre actualizándose con el Espíritu Santo²⁵

Una pastoral de estas características, a nivel escolar exigiría una enseñanza religiosa de calidad, para lo que sería imprescindible una formación, capacitación y apoyo al docente. Así mismo requeriría la organización y coordinación de las celebraciones, convivencias, campañas,...., que se creyeran adecuadas.

A nivel extraescolar, pasaría por la creación de grupos de referencia cristianos que permitiesen una profundización mayor del trabajo pastoral en el tiempo libre con los alumnos que lo desearan. Para esto sería necesario un equipo de monitores, que debidamente formados y coordinados, se encargaran del seguimiento grupal y personal.

Así mismo, sería ideal el poder crear y animar una escuela de representantes que, partiendo de unas inquietudes básicas sobre sus hijos, permitiera trabajar con ellos sobre su doble vocación de padres y educadores principales de sus hijos e hijas.

Como se ve, el modelo de pastoral propuesto, requeriría la existencia de un equipo de personas, laicos, laicas, religiosos, religiosas o sacerdotes, que se dedicaran a planificar, desarrollar y evaluar los objetivos del proyecto de pastoral, así como una infraestructura mínima de locales y materiales.

6. Un sueño posible

Posiblemente todo esto para muchos y muchas entre los presentes sea todavía un sueño. Pero como planteaba Víctor Codina en un reciente artículo en el que hacía una

²¹ Catechesi Tradendae 31

²² Catechesi Tradendae 23

²³ Catechesi Tradendae 21

²⁴ Medellín 10, 12

²⁵ F. Placer Ugarte, Una pastoral eficaz, Desclee de Brouwer, Bilbao 1993, 137

pequeña revisión de la teología de la liberación, hemos pasado de una situación de Exodo a una situación de Exilio, y es justamente desde el Exilio donde el Pueblo de Israel tiene sus momentos más lúcidos de reflexión, de profecías, de meditación y de sueños.²⁶

Soñemos pues, que sí es posible empezar mañana dando pasos en la dirección de esta pastoral que permita un día el surgimiento de oleadas de comunidades laicales fuertes que tomen como propia la misión de la Iglesia. Comunidades en las que un día habrá quienes vivan entregados a su familia, pero asumiendo parte de esta responsabilidad también en comunidad: el cuidado de los hijos por otros miembros de la comunidad les permitirá la presencia activa en su compromiso. Habrá quien trabaje para sacar adelante su familia, pero no deberá estar esclavizado por el temor a no poder mantenerla o a no pagar un préstamo, por que habrá de saber que en la comunidad a nadie le falta nunca lo necesario; así será libre de tener un compromiso activo en su trabajo sin someterse a todo lo que le impongan. Habrá quien esté dispuesto a dar unos años de su vida en algún país lejano, si allá se le requiere, ya que incluso en los momentos más difíciles tendrá el apoyo de otros muchos. Habrá quien teniendo estudios dedicará un tiempo a estudiar teología si esto es necesario para la comunidad. Habrá quien aún teniendo sus ahorros, nunca olvide a través de sus aportaciones a los que no tienen ni eso. Habrá quien sin apartarse de lo que hace la gente, a los ojos de la gente hará cosas sin sentido o poco productivas. Habrá que pensar entonces que estaremos proponiendo una nueva forma de ser persona, de estar en la Iglesia, de transformar el mundo.

²⁶ V. Codina, *Del Exodo al Exilio*, SIC nº 593, Caracas, Abril 1997.

FAMILIAS EN LA COMUNIDAD

Tema pendiente desde hace ya tiempo y al que habrá que "hincarle el diente".

Hace ya un par de años se planteó la necesidad de una reflexión profunda en torno a las nuevas situaciones que estaban viviendo las nacientes familias de miembros de nuestras comunidades: la nueva situación, la aparición de los hijos con los retos y decisiones que implican, el nuevo talante necesario,... eran asuntos que preocupaban.

Se hizo alguna reunión, se intentó encargar a una comunidad la reflexión,... pero no hemos logrado todavía resultados palpables.

Quizá ahora es el momento de volver a plantear el tema. Unas pocas ideas: implicaciones para la comunidad
nuevas decisiones
educación de los hijos

PRESENCIA DE LAS COMUNIDADES EN LA SOCIEDAD

Viene bien, de vez en cuando, plantear las cuestiones de más de fondo, como por ejemplo ésta del papel de las pequeñas comunidades en nuestra sociedad actual.

Desde aquellos tiempos en que leíamos "La alternativa cristiana" y descubríamos cómo la comunidad era efectivamente una propuesta alternativa en la Iglesia y en la sociedad... ha llovido mucho.

Sin embargo, sigue siendo la tarea clave de los cristianos el ser sal de la tierra y luz del mundo en medio de nuestra sociedad.

Más que nuestros trabajos y compromisos, es nuestro talante y nuestra fraternidad la verdadera oferta que podemos presentar.

Alguna referencia a este asunto se hace en el núcleo de significatividad. Pero también cabrían plantearlo desde este apartado de nuestra identidad.

Quizá sería bueno el volver a releer este libro u otro semejante para volver a asentar esas opciones primeras por las pequeñas comunidades que podemos dejar enfriar por puro descuido.

MODELOS COMUNITARIOS DIVERSOS DENTRO DE LA ÚNICA COMUNIDAD

Una apuesta bien reciente entre nosotros es la de potenciar diversos modelos comunitarios dentro de la única comunidad.

Un aspecto que hemos ido descubriendo en los pocos años que llevamos de historia comunitaria es el de la conveniencia de diversificar los modelos de pequeña comunidad manteniendo la referencia con la única comunidad, que es la de ITAKA.

De momento, el criterio de diversificación ha ido en torno a los núcleos que comparten un mismo techo: Ercilla, San Francisco, Venezuela, Altamira,...

También cabría pensar en otros criterios: en función de la profesión, por la disponibilidad del compartir económico,... Aunque, por ahora, no parecen convenientes.

De todas formas, sigue siendo un aspecto en el que se podría seguir reflexionando: apuesta de diversificar nuestros modelos comunitarios

qué otros modelos serían interesantes cómo podemos ir avanzando

¿Cada pequeña comunidad necesita su propio estilo?

PAPEL DE LOS COORDINADORES

Los coordinadores desempeñan un importante papel en nuestras comunidades y en la mutua relación. ¿Sacamos el máximo partido a esta figura?

El papel de los coordinadores en la comunidad puede ser clave o lo podemos reducir al encargo de ir a las reuniones de coordinación.

Algunas posibles funciones:

Animar el funcionamiento comunitario

Asegurar que la comunidad sigue avanzando

Estar al tanto de cada miembro de la comunidad

Coordinar y animar las restantes funciones: encargados de oración, del bote, de los aspectos lúdicos, etc.

Tener bien información a su comunidad de lo que va ocurriendo

Tener su propia formación específica para asumir su responsabilidad

Responder de los aspectos comunitarios que puedan estar menos desarrollados o desatendidos

...

LÍNEAS DE FUTURO

En el encuentro de junio del 96 aprobamos unas líneas de futuro con un plazo de cuatro años.

Conviene volver a recordarlas, aunque sea sólo en su encabezamiento:

“Enriquecer nuestro modelo comunitario”:

Mantener vivas y en constante crecimiento nuestras comunidades y sus miembros

Estabilizar los distintos modelos comunitarios: Ercilla, San Francisco, Venezuela, y otros posibles modelos

Trabajar el sentimiento de ser una sola comunidad

Cuidar el proceso de discernimiento y relación de las comunidades

Estructurar la movilidad de personas entre comunidades

Ir avanzando con las opciones definitivas

Cuidar el funcionamiento y organización de las comunidades

Mantener lazos de contacto con las personas que hayan abandonado ITAKA

Atender a la situación de parejas e hijos en las comunidades

“Continuar el acercamiento a los escolapios”:

Mantener e impulsar la comisión mixta de laicos y escolapios
Estar abiertos a la relación con otras comunidades
Constituirnos como Fraternidad Escolapia
Preparar alguna aportación para el próximo Capítulo General
Mantener un encuentro anual entre escolapios y laicos
Con las comunidades mixtas, reflexionar sobre el modelo que va surgiendo
Profundizar en el conocimiento de la Escuela Pía

“Seguir avanzando en nuestra misión”:

Atender adecuadamente nuestros procesos pastorales y educativos
Continuar estrechando lazos con la Viceprovincia de Venezuela
Continuar dando pasos junto a los menores institucionalizados
Impulsar la Escuela
Aumentar nuestra implicación con la Iglesia
Continuar trabajando en línea de solidaridad con el Tercer Mundo
Impulsar nuestra presencia en distintos campos de solidaridad con los necesitados
Incrementar nuestra presencia en plataformas de transformación social
Buscar nuevos caminos de paz y reconciliación
Asumir la objeción fiscal
Buscar ser referentes en el trabajo con la marginación
Tomar postura como comunidad en temas de importancia social

“Potenciar distintos ministerios”:

Realizar un análisis de las diversas vocaciones
Fomentar la llamada al sacerdocio y a la vida religiosa
Realizar estudios teológicos
Ir creando nuevas figuras: consiliario laico, responsables permanente de comisión,...
Propiciar la llamada a ser cooperante en Venezuela
Potenciar la experiencia de vivir en comunidad de techo

Impulsar distintas vocaciones a la militancia política, al voluntariado social, al ámbito educativo, al campo eclesial, etc.
Dar un carácter de ministerio al cargo de coordinador de comunidad

“Experimentar modelos alternativos”:

Estudiar la forma de distribuir la riqueza y el trabajo
Liberar a alguna persona para los ministerios que se crean necesarios
Elaborar un guión de revisión personal
Discernir la opción por vivir en una zona popular
Ir poniendo en práctica la “dinámica del envío”



SER SIGNO EN NUESTRO MUNDO

El segundo de los retos planteados en la Panorámica de las comunidades del curso pasado es el de la significatividad de nuestras comunidades y de cada uno de sus miembros.

El gran riesgo de nuestros grupos es ser insignificantes para nuestro entorno y para nosotros mismos. La cotidianidad, la medianía, la rutina, la misma sociedad nos empuja a la insignificancia. Y todo cristiano y toda comunidad tienen que ser la sal de la tierra, el signo del amor del Padre, el milagro de hacer presente el Reino en nuestra tierra. ¿Cómo ser significativos, alternativa en nuestra sociedad?

Un camino serán los proyectos de transformación (nuestra tarea educativa, nuestros compromisos sociales, los nuevos compromisos que vamos asumiendo de Venezuela, San Francisco, el PISO, la nueva fundación, las tareas de cada miembro concreto...).

Pero no se trata sólo de una labor, sino de una nueva forma de vivir, de un estilo de vida que choque, que produzca contraste, que dé sabor a nuestro mundo. Habrá que ir avanzando en nuevos signos de vida (compartir más el dinero, ser exigentes en nuestro estilo de vida, querernos más, acercarnos más a los pobres...).

No es fácil ser significativos en medio de un mundo que no quiere "bichos raros". Ni es fácil cuando descubrimos en nosotros mismos miedos y medianías."

Contenido del núcleo:

1. Los proyectos que tenemos en marcha
2. Una nueva forma de vivir: un estilo de vida que choque
3. Temas y ámbitos para la formación y el compromiso
4. Significatividad eclesial

1.

LOS PROYECTOS QUE TENEMOS EN MARCHA

Las comunidades como tal tenemos una serie de proyectos entre manos de los que somos directamente responsables. En poco tiempo hemos puesto en marcha interesantes proyectos que buscan la transformación de la sociedad y a ellos dedicamos abundantes energías y recursos (personales y económicos). Por ello debemos dedicar parte de nuestra actividad comunitaria a la revisión constante de su marcha, a las nuevas perspectivas que van surgiendo de los proyectos asumidos recientemente y a, por qué no, empezar a pensar nuevas labores que creamos urgentes por realizar en medio de nuestro mundo y que seamos capaces de asumir.

Nuestra tarea educativa

Es el primero de nuestros proyectos, no en vano somos producto como comunidad de la culminación de un proceso pastoral y educativo. ITAKA en su conjunto sigue siendo un importante proyecto educativo, pastoral y de transformación social del que, de alguna manera, somos como comunidad directamente responsables. Y no sólo por que en dicho proyecto esté nuestra cantera –razón ya de por sí importante– sino por que en sí mismo se trata de un proyecto con el que buscamos ser significativos social y eclesialmente.

- Por todo ello no está de más seguir dedicando tiempos en nuestras comunidades a revisar la marcha de ITAKA en sus diferentes aspectos: E.Rs., comisiones, Escuela, nuevas iniciativas...
- Así mismo deberemos revisar nuestra presencia y compromiso con ITAKA. En algunos aspectos fundamental:

catecumenado, escuela... En otros todavía mínima ("consiliarios/as laicos/as" en los distintos E.Rs., acompañantes en las comisiones...). No hay que descuidar esta presencia y tal vez sea deseable tenerla más en cuenta entre nuestras comunidades a la hora de plantear los compromisos de sus miembros.

- Las actividades de ITAKA, así mismo, forman parte como actividades extraescolares y pastorales del proyecto educativo del colegio, del que en última instancia son responsables los Escolapios. En el cole trabajan en la actualidad miembros de nuestras comunidades, algunos con responsabilidades importantes, quizá sea oportuno ir discutiendo sobre el tipo de presencia que queremos tener como comunidad en el colegio, o sobre qué posibilidades de cara al futuro se pueden abrir (unido a los pasos que vayamos dando en el caminar conjunto con los Escolapios).

Presencia en Venezuela

Este es el tercer año de presencia en Lomas y segundo en Barquisimeto. Además de la presencia como cooperantes laicos escolapios hay que destacar los proyectos de cooperación puestos en marcha en Lomas (escuela, nuevos locales...). De momento contamos con dos personas para hacer parte del relevo en Lomas... pero todavía quedan cosas por hacer...

- Seguir pensando en este tema como uno de los centrales de nuestra actividad: relevos posteriores, comunicación con quienes están allí, revisión de lo que se va haciendo, posibles proyectos de cooperación, afianzamiento de la colaboración escolapios-fraternidad escolapia, seguir cuidando y aprovechando las estancias de verano...
- Pensar en nuevas posibilidades y líneas de trabajo, en base a la evaluación de lo realizado y a nuestra capacidad real de ir más allá...

- Mantener el tema del Tercer Mundo como central en nuestras comunidades, compromisos, proyectos educativos, etc. Pensando también en compromisos de personas concretas en ONGs, movimientos sociales de solidaridad, etc. Y siendo un tema posible de formación en nuestras comunidades.

Proyecto P.I.S.O.

En este proyecto también nos encontramos con importantes avances. Este curso se ha abierto un segundo piso para muchachas, y con ello se han incrementado el número de educadores/as. La experiencia de lo realizado hasta ahora nos hace ver que el proyecto se va afianzando, aunque con dificultades (especialmente en cuanto a financiación).

- También este es un proyecto que hay que mimar especialmente desde las comunidades, por lo que tiene de trabajo educativo en situaciones de marginación. Revisar su marcha, proponer nuevas iniciativas, buscar formas de colaboración por parte de personas y/o comunidades (integrándose en los equipos, colaborando en tareas puntuales, encargándose de aspectos como la búsqueda de nuevas formas de financiación...).
- Estudiar nuevas iniciativas (algunas propuestas ya por instituciones): trabajo con menores, con muchachos... Para lo cual habría que ver la capacidad real de asumirlas (personal preparado y disponible, fuentes de financiación...).
- Este trabajo, así como otras labores que se llevan a cabo en el ámbito de la marginación infanto-juvenil (Haurrak, Pottoka, compromisos de personas concretas...) hace que se pueda ver este área de trabajo como propio de ITAKA (es educativo, con niños/as y jóvenes, en medio de la marginación). Por lo que habría que dedicar especial atención a la iniciativa aprobada en la última asamblea de crear un ámbito de trabajo que reúna a personas de esos compromisos, donde se puedan

plantear estrategias, líneas de trabajo... Desde las comunidades también puede ser un tema importante de formación y de trabajo.

Proyecto de Inserción en San Francisco

La reciente apuesta de vincularnos definitivamente como comunidad a uno de los barrios más marginados de la ciudad es también un avance a la hora de plantear nuestra significatividad social y eclesial: la compra del piso, la comunidad de techo, Pottoka, la presencia en movimientos y asociaciones del barrio... Es una apuesta importante, como comunidad cristiana que desea insertarse entre las personas más marginadas, como forma de vida, como testimonio y también como misión.

- La responsabilidad última del proyecto es de toda la comunidad, por lo que habrá que prestar especial atención a su desarrollo.
- Es posible, así mismo, buscar y ofrecer formas de colaboración, puntual o de forma permanente (en Pottoka, en las asociaciones del barrio, en las iniciativas que se llevan a cabo conjuntamente con relación a las instituciones...).
- Esta presencia nos recuerda además que la marginación es “un lugar social para las comunidades cristianas”, tema que debe ser prioritario en la formación, debates y compromisos de las comunidades. La asunción de causas como las de San Francisco han de colocarnos como comunidad ante posicionamientos críticos frente a instituciones, planes urbanísticos de la ciudad, etc.

Fundación en Altamira-Masustegi

Este último proyecto demuestra también un avance bien importante en nuestras líneas de trabajo. La significatividad depende también de nuestra capacidad de respuesta ante las llamadas que la sociedad y la Iglesia nos presentan, de nuestra “capacidad misionera”.

- Se trata de una presencia incipiente. De momento se trata de “ir entrando en el barrio”, conocer sus posibilidades, los trabajos... A las comunidades les tocaría estar al tanto de su desarrollo y colaborar en lo necesario.
- Pero este proyecto da pie para el trabajo en comunidades de otro tema más amplio: nuestra inserción eclesial, las posibilidades que tenemos de abrir nuevos frentes de trabajo, las ofertas que podemos hacer como comunidad a la Diócesis, posibilidad de ensayar este tipo de presencias conjuntamente con escolapios...

Las tareas de miembros concretos

Somos significativos no sólo por los proyectos que desarrollamos en comunidad, sino también a través de los compromisos de personas concretas. En la actualidad, profesional o voluntariamente, estamos presentes en un amplio abanico de actividades y organizaciones: trabajos educativos, pastorales, en marginación, políticos y sociales, paz, tercer mundo; en ONGs, organizaciones políticas, plataformas, movimientos sociales... Se trata de una riqueza que a menudo obviamos o que no solemos sacarle todo el partido posible.

- Aprovechar la presencia de miembros de comunidad en esos compromisos, puede servir para trabajar temas en comunidad, invitar a personas de otra comunidad, debatir temas importantes de nuestra sociedad desde la necesaria (y real) pluralidad existente entre nosotros/as...
- Así mismo las comunidades pueden plantearse en qué se está y en qué sería necesario potenciar el compromiso y la participación de personas concretas.

2.**UNA NUEVA FORMA DE VIVIR. UN ESTILO DE VIDA QUE CHOQUE**

Nuestra significatividad no depende tan sólo de los proyectos que pongamos en marcha o de las respuestas que como personas o como comunidad demos a las urgencias de nuestro tiempo. Seremos semillas de un mundo nuevo, si nuestras propias vidas reflejan cotidianamente esa utopía. Si somos capaces de realizar signos que, aunque minúsculos, cuestionen la comodidad de la mayoría. Signos de vida alternativos a la norma común, que choquen con lo imperante, que demuestren que en nuestras vidas anticipamos ya ese mundo nuevo... y, por qué no, que demuestren que somos profundamente felices, a pesar de que no pongamos nuestra felicidad en aquellos lugares que nuestra sociedad ofrece (prestigio, poder, riqueza, consumo...). Signos que finalmente hemos de aspirar a convertir en estilo de vida, en manera de relacionarnos y de trabajar, en forma de enfrentarnos a los problemas que nos rodean, en testimonio de fe viva y de nueva Iglesia.

Compartir económico

Si hay algo verdaderamente alternativo a nuestra sociedad y que signifique caminar a contracorriente es aquel signo que demuestra que nuestra felicidad no la ponemos en la riqueza, y que ésta ha de ser justamente repartida entre las personas: el compartir económico. Ser libres frente al dinero, dispuestos a compartirlo con aquellas personas que lo necesitan, es un signo profundamente cristiano. Pero además, realizado colectivamente, se convierte en ensayo de sociedad diferente, en demostración de que es posible vivir y organizar la vida desde perspectivas bien diferentes a las comúnmente extendidas.

- Hasta el momento toda persona en comunidad comparte el diezmo para proyectos de solidaridad. Además, y en

la medida que surgen nuevas iniciativas, nos comprometemos en aportar más dinero para la cuota para sufragar necesidades o proyectos internos. Paralelamente algunas comunidades (las de techo) han hecho la apuesta de compartirlo todo, si bien limitadas a su propia realidad de grupo en el que las personas van entrando y saliendo. ¿Es posible plantearse dar algún paso más en la dirección del compartir económico, que no se inscriba a necesidades externas (caso de los diezmos) o a experiencias limitadas en el tiempo y en el número de personas (caso de las comunidades de vida)?

- Ya hace dos asambleas se aprobó como línea de futuro la propuesta de ir viendo esas nuevas posibilidades. Recientemente, y a iniciativa de las comunidades de vida (Altamira, San Francisco y Ercilla), se ha puesto en marcha un grupo de personas cuyo objetivo es buscar propuestas concretas en esa misma línea. En la medida que se vayan poniendo en común, han de ser un tema a debatir y comentar en todas las comunidades, y donde toda propuesta será bienvenida. De surgir alguna iniciativa concreta será necesario saber con cuantas personas se podría contar para poder realizar alguna experiencia.
- Además, estos aspectos concretos pueden servir a las comunidades para trabajar temas de formación y de revisión personal y comunitaria en relación al papel del dinero en nuestras vidas, nuestro estilo de vida, las necesidades que observamos o que pueden surgir entre las personas de nuestras comunidades y la manera de hacerles frente, la relación de todo esto con las necesidades de nuestra sociedad y del mundo, la posibilidad de alternativas viables...

Estilo de vida, revisión de vida

Las personas vamos construyendo nuestras vidas a través de las opciones que vamos haciendo, el modo en el que

configuramos nuestra forma de relacionarnos, las raíces sobre las que construimos nuestro ser más profundo, los esquemas que utilizamos para interpretar la realidad y sus acontecimientos, las prácticas cotidianas, la capacidad de encontrar la felicidad... Todo ello configura el “estilo de vida” de una persona. Pero como personas cristianas no valoramos por igual cualquier modo de vida, ni aspiramos a vivir de cualquier forma. El Evangelio es fundamentalmente una propuesta de manera de vivir, un catálogo de valores que llevar al recorrido personal de quien quiere seguir los pasos de Jesús, una forma de enfrentarse, desde Dios, al mundo que nos rodea. Si aspiramos a ser personas significativas desde su ser cristiano, fermento en medio de nuestra sociedad, deberemos estar muy atentos a qué estilos de vida adoptamos, contrastándolos con nuestra experiencia de Dios, con nuestra comunidad... Máxime aún, si la propuesta de estilo de vida cristiana choca radicalmente con los modos y estilos de vida de la mayoría.

- Es fácil revisar el compromiso, el trabajo, el cumplimiento de los mínimos necesarios para pertenecer a una comunidad... pero nos resulta más difícil adentrarnos en la revisión del estilo de vida que cotidianamente va definiendo una persona. A veces nos vamos dejando llevar por la vida o por las circunstancias y no ponemos en cuestión aspectos centrales del día a día que configuran de verdad lo que somos. Por otro lado, y en nuestras revisiones comunitarias, pocas veces nos atrevemos a entrar con profundidad con las decisiones personales. Romper estas barreras, ser capaces de decirnos las cosas, adoptar una visión crítica de nosotros/as mismos/as, aplicar de verdad la “corrección fraterna”... son temas a tener en cuenta en una comunidad, en su formación, en sus retiros y, sobre todo, en su vida diaria.
- En qué se emplea el tiempo libre, la manera de divertirse, cómo nos relacionamos con las personas, nuestra afectividad, cómo interpretamos la

realidad, cuánto gastamos y en qué empleamos el dinero, si somos capaces de tener actitudes de contemplación, si somos felices y dónde ponemos nuestra felicidad, en qué y cómo trabajamos, si actuamos o no frente a las injusticias que vemos a nuestro alrededor, con quiénes nos aliamos... Son muchos los temas que tienen que ver con nuestro estilo de vida y que pueden ser materia de trabajo en nuestras comunidades.

- El año pasado varias comunidades trabajaron este tema y trataron de elaborar un guión para la revisión del estilo de vida. Tal vez sea conveniente poner en común lo trabajado y sacar una guía que sirva para las comunidades. En cualquier caso son muchos los libros y textos existentes para la revisión de vida (en la editorial de la HOAC se han publicado un par de libros, Geideak tiene un cuadernillo guía para la revisión de vida al igual que casi todos los movimientos apostólicos -JAC, JOC...-, los cuadernos *Frontera* del Instituto Teológico de Vida Religiosa dedicados al proyecto personal y comunitario, los libros de J. Garrido, los cuadernos Fe y Justicia... y, cómo no, el propio Evangelio).

Fraternidad, o cómo querernos más

Cuentan las crónicas de los tiempos de las primeras comunidades cristianas, que éstas se caracterizaban especialmente por la manera en que se amaban y eran fraternas. Ciertamente, el amor es un imperativo para las personas cristianas. Si así lo decimos respecto a la sociedad (frente a los conflictos, las relaciones, etc.) deberemos aplicarlo también a las relaciones dentro de nuestra comunidad, a nuestra forma de enfrentar los conflictos o al modo de acoger a nuevos/as miembros comunitarios.

- Un elemento a seguir trabajando es el de sentimiento de comunidad única. Recientemente se ha avanzado mucho por la movilidad y por las diferentes iniciativas que han puesto en marcha

algunas comunidades para relacionarse con otras, así como por compartir espacios de compromiso personas de diferentes comunidades. Habrá que seguir fortaleciendo este sentimiento e impulsando todas aquellas propuestas que sirvan para relacionarse entre todas las comunidades. Es una manera de sentir y potenciar la fraternidad.

- Respecto a los modelos de comunidad que vamos creando habrá que trabajar, y sobre todo descubrir, la idea de que es Dios quien nos convoca y no que nosotros/as elegimos a nuestros hermanos/as. Aprender a convivir con la diversidad, respetar la necesaria pluralidad (ideológica y de opciones) y, sobre todo, aprender a querernos por el hecho de ser hermanos y hermanas son aspectos que hay que seguir trabajando en nuestras comunidades.
- Así mismo es necesario crear los climas necesarios para las relaciones fraternales. Propiciar encuentros, conocer más a la gente de comunidades, cuidar especialmente la acogida de nuevos/as miembros y su inserción comunitaria, crear canales de comunicación... Son aspectos que en la medida que vayamos creciendo como comunidad será necesario intensificar.
- Lo mismo cabe decir de nuestro caminar conjunto con los Escolapios. Al definirnos como Fraternidad Escolapia, no lo estamos haciendo solamente con relación al interior de nuestra comunidad, sino también con relación al conjunto de la Escuela Pía.
- Otro tema a trabajar al interior de cada comunidad y en la comunidad en su conjunto, es la manera de afrontar los conflictos, las diferencias, etc. Cómo lo hagamos y cómo convivamos con ello dirá mucho de nuestro carácter fraterno.

Acercarnos a los pobres

La pobreza no sólo es objeto de misión, sino que es agente de conversión. Estamos llamados como cristianos y cristianas a

acercarnos a las personas pobres y a asumir su causas. Hemos repetido abundantemente que quien se acerca y opta por los pobres encuentra un lugar privilegiado en el que brota una nueva experiencia creyente, una nueva espiritualidad. Y es que la pobreza trastoca nuestros esquemas más profundos, nuestra fe y nuestro modo de mirar la realidad.

- La distancia o cercanía a la pobreza ha de ser siempre un criterio a revisar en nuestras vidas personales y en nuestra comunidad. Interrogarnos por nuestra experiencia en ese sentido es un tema a trabajar en cada comunidad: ¿conocemos a los pobres?, ¿hay alguna persona pobre cerca de nuestras vidas?, ¿asumimos sus causas?, ¿trastoca la pobreza nuestro modo de ser cristiano, nuestra forma de ser Iglesia?...
- Se suele establecer un itinerario en la "opción por los pobres" (Julio Lois: "Opción por los pobres. Síntesis doctrinal" en *La opción por los pobres*. J. M^a Vigil (ed.), Sal Terrae, 1991), que comienza por una *ruptura* o cambio de lugar físico o social; sigue con la *encarnación o identificación*, entrando en el mundo del pobre y asumiéndolo como propio; pasa a la *asunción consciente y activa de la causa de los pobres*, a través del compromiso con su liberación; y termina, o puede terminar, en la *asunción del destino propio de los pobres*. Puede ser este un esquema muy válido para evaluar nuestra posición frente al tema como personas, como comunidad y como ITAKA.

Trabajo profesional

El trabajo es un ámbito bien importante en nuestras vidas. Gran parte de nuestro tiempo lo dedicamos precisamente a él. En él nos podemos realizar o simplemente "ganarnos la vida". Algunos trabajos tenemos la suerte de encontrarlos vocacionalmente, otros... quizá no nos quede otro remedio que tomarlos. En cualquier caso es un tema central en la